

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

← BARCELONA 1.º DE MARZO DE 1909 →

NÚM. 1.418

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA FRANCESA



EL RETRATO AUTÉNTICO DE MARÍA LEZCINSKA, pintado por Nattier

Este cuadro, sucio y lleno de polvo, figuraba en el salón del director del colegio Hoche, de Versalles, y se tenía por una copia del notable retrato de la esposa de Luis XV pintado por Nattier. Recientemente, el Sr. Peraté, conservador-adjunto del Museo de Versalles, examinó con detención ese lienzo, y admirado de su belleza, propuso un cambio, que fué aceptado; y habiendo procedido luego á limpiarlo, aparecieron distintamente la firma del célebre pintor y la fecha de 1748. No cabía, pues, la menor duda; aquella obra era el original del retrato famoso de la reina María Leczinska. Este cuadro había sido valorado, en el inventario de 1836, en doscientos francos; ahora, conocida su autenticidad, no vale menos de 200.000. La restauración del mismo ha sido habilísimamente hecha y en la actualidad puede admirarse tan hermosa obra en una de las salas del piso bajo del palacio, en donde estuvieron, en otro tiempo, las habitaciones de la reina y en donde probablemente fué pintado.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El premio gordo!*, cuento de Ugy Mario. — *Buenos Aires. Exposición Peláez*, por R. Monner Sans. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII en Villaviciosa, en Pasajes y en Pau.* — *Una misión china en París.* — *Barcelona. El Laboratorio ictiográfico.* — *El cardenal Sancho.* — *El Sr. Paoli.* — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Deportes. Trineo de vela. Aeróstato dirigido por medio de las ondas hertzianas.* — *Combate de boxe entre dos negros.*

Grabados.— *El retrato auténtico de María Leczinska*, pintado por Nattier. — Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el cuento *¡El premio gordo!* — *Estudio para el cuadro «El sermón de la montaña»*, original de Eduardo de Gebhardt. — *Jesucristo arrojando del templo á los mercaderes*, cuadro de E. de Gebhardt. — *Una calle en Asturias.* — *Ribera de Berbes (Vigo).* — *La abuela.* — *Soledad.* — *La encañada.* — *Una puerta en Toledo*, cuadros de Juan Peláez. — *Pasajes. Alfonso XIII examinando el balandro «Hispania».* — *Pau. Wilburg Wright y sus alumnos pilotos.* — *Alfonso XIII en el aeroplano de Wilburg Wright.* — *El rey Alfonso XIII de España y el rey Manuel II de Portugal.* — *Alfonso XIII felicitando á Wilburg Wright.* — *París. Una misión china.* — *Carrozas y vistas fotográficas del Carnaval de Niza.* — *Barcelona. Laboratorio ictiográfico.* — *El director del laboratorio Sr. Darder.* — *Su Emma, el cardenal D. Ciriano M.^a Sancho.* — *M. Paoli, jefe de seguridad.* — *Deportes. Trineo de vela y el dirigible de Marc. O. Antony.* — *París. Match de boxe entre dos negros.* — *Aldea de madera, donativo de Guillermo II de Alemania para los damnificados de Mesina.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por más que los noveleros, que no hay pocos fuera de la comedia de Rostand, pretendan rodear de aureola de misterio la muerte de Cástulo Méndez (Méndez es corrupción de un apellido español), el suceso ha sido sencillamente fortuito. Iba dormido; despierto de pronto, no calculó bien un movimiento que sin duda había realizado mil veces, y al saltar del tren cayó bajo sus ruedas. Que no se puede pensar en suicidio lo demuestra la posición del cuerpo. El suicida se coloca de otro modo. Léanse los suicidios novelescos del banquero en *L'Evangeliste*, de Daudet, y de Ana Karénine en la maravillosa obra de Tolstoy. Léanse, si las fuentes de la ficción no satisfacen, los sueltos de la prensa. Se verá la diferencia entre el que se tiende de propósito sobre los rieles y el que por casualidad es lanzado á la vía.

En cuanto á la hipótesis de que «una banda» ó gavilla de literatos se uniese para despachar á Méndez..., eso ya entra de lleno en los dominios del buen Sherlock Holmes, si no llega á los del simpático Rocambole. ¡Literatos en gavilla! No diré yo que, dada la retribución que las letras obtienen, sea el caso inverosímil; pero si llegasen los literatos á organizarse como diz que lo están los *apaches*, yo supongo que emprenderían algo más fructífero que la muerte de Méndez, que tenía muchos años y no tanta gloria que ofuscara á nadie.

Cástulo Méndez ha sido, en efecto, de esos artistas —no le regateemos el título— de quienes no es fácil decir á boca llena que han obtenido verdadera gloria y señalado con un rastro luminoso su paso por la tierra... Faltóle, para lograrlo, un pelo... Quizás fuese más exacto asegurar que en vez de faltarle ese pelo, le sobraban las enmarañadas cabelleras de sus heroínas, monstruosas, antinaturales, fabricadas de alquimia y sin un soplo de humanidad. Ha sido Méndez acaso el ejemplar más característico de ese tipo literario que se ha producido tanto en Francia en estos últimos tiempos: el escritor con ingenio, con maña, con verdaderas aptitudes, poeta, estilista, que estraiga dones y disposiciones extraordinarias, trabajando, no para el arte—aunque afecte forma artística su producción,—sino para el público de un momento, y para un público especial, dañado y pervertido; y dentro de ese momento mismo, dirigiéndose á instintos bajos, que nadie confiesa; para un éxito obscuro, ambiguo, reprobado, ó, como dicen en Francia, *louche*; para una clase de inmoralidad fría, peculiar de los gastados, de los que ya, por no poder ser nada, no pueden ser ni inmorales. Tal es la suerte de los que en vez de despertarse pensando en sí mismos, en las formas de arte que sienten y aman, se despiertan (y acaso no han dormido) discutiendo de qué ignotas regiones traerán la pimienta y la mostaza que más sutilmente estimulen los paladares fatigados y botos.

Oyendo la admirable *Manón* que cantan la Storchio y Anselmi—una *Manón* que será imposible volver á escuchar en el Real si tiene otros intérpretes menos divinos,—pensaba yo en la novela del abate Prevost, en *Manón Lescaut* y en la literatura resbaladiza. Nadie podrá negar que sea escabrosa *Manón Lescaut*; y sin embargo, ¡qué fuente de emoción lírica, qué raudal de ternura existe en esa historia donde los personajes son mujeres de vida alegre y caballeros de industria, que hacen trampas en el

juego! Siempre que un autor nos deje ver, bajo el héroe más ó menos despreciable que elija, al hombre, á la mujer, con sus sentimientos naturales, vigorosos, con sus penas y sus alegrías explicables, con su alma en que reconocemos algo de la nuestra, de la de los hombres y mujeres que nos rodean, el autor nos llevará por donde se le antoje: le pertenecemos. Pero si, como Méndez, nos presenta figuras nacidas en una fantasía que no se ha excitado sino á fuerza de cerebralismo, después del impulso de curiosidad vendrá infaliblemente el desvío y tedio. — Esto pasó con Cástulo Méndez. Tan activo, tan viejo verde, tan resuelto á vivir, estaba sobreviviéndose ya. Se hablaba de él por la privilegiada posición que ocupaba en la prensa parisiense y en el bulevar: no porque ningún verdadero interés artístico suscitasen las obras que pudiese producir ó que producía.

¡Y cuenta que no hubo camino que no recorriese! Fué poeta, autor dramático, crítico, novelista, cuentista, periodista; inundó de prosa los folletones, de libros las prensas. Había nacido en 1843, en Burdeos, y su origen era hebreo portugués, por lo tanto, ibérico, y no diremos español por no despertar suspicacias legítimas en nuestros vecinos de allende las Extremaduras.

En los comienzos de la carrera literaria de Méndez encontramos la protección, la sombra y la influencia de un escritor á mi ver insigne, y que, para no ser borrado de la memoria de los historiadores literarios, tendría, á falta de otros claros merecimientos, el de haber sido jefe de una escuela estética, la del arte por el arte, cuyos dogmas siempre hallarán creyentes y cuyas teorías formuló con precisión y fuego el escritor á que me refiero y en quien todos reconocerán á Teófilo Gautier. Imitador y discípulo del gran Teo, Méndez se casó con su hija, mujer notable por muchos estilos, y con la cual por lo visto no se llevó bien el entonces joven bordelés, puesto que acabó divorciándose de ella. Verdad es que lo mismo le sucedió con su segunda esposa: en estos momentos pleiteaban para separarse. Cástulo Méndez tenía una cualidad aparentemente preciosa y en realidad funesta. Poseía hasta un grado increíble el don de asimilación, no para recoger en su santuario lo que luego cociese en su hornillo, sino como mera habilidad en reproducir estilos y formas: algo de lo que distingue á los japoneses y en general á los asiáticos. Su literatura—sea ó no castiza la palabreja—estaba *truquée*. La destreza mataba la espontaneidad.

Méndez imitó, unos tras otros, á los más ilustres de su tiempo. Supo ser la sombra de Víctor Hugo, Gautier, Baudelaire, Enrique Heine, Teófilo Gautier, Flaubert... El resultado fué lógico. Ni una partícula de la inmortalidad de estos ilustres nombres le salvará del olvido.

Dos entusiasmos, dos predilecciones, rompen, sin embargo, el equilibrio de una naturaleza cuyo signo característico parece ser el más femenino, la sumisión. Méndez fué sinceramente fanático de Víctor Hugo y de Ricardo Wágner. Consuela encontrar este oasis de sinceridad y de individualismo en la vida de un hombre tan fácil en adaptarse á todo, con flexibilidad de cortesana.

Su campaña en pro de Wágner fué ilustrada y útil, y la realizó cuando en Francia se exteriorizaba la hostilidad hacia el semidiós, con manifestaciones de un *chauvinisme* de mal gusto. Nadie me gana en convicción patriótica, pero creo que existen unos cuantos nombres que sin dejar de pertenecer á su patria, pertenecen en primer término á toda la humanidad capaz de sentir la belleza. Profundamente alemán era Wágner: su genio le ha hecho universal. Por eso, no encontrándome dispuesta á simpatizar con Cástulo Méndez, y esto no desde *La Vierge d'Avila*, sino desde hace bastantes años, de lo cual hay testimonios en mis escritos, no puedo menos de aplaudir su campaña wagneriana, en la cual vino á darle la razón el tiempo. Más discutible—aunque siempre admirable—es su otro ídolo, Víctor Hugo. No queriendo entrar en la vida privada de Cástulo Méndez, ni recoger lo que no se han mordido la lengua para decir sus cofrades, hablaré sólo de sus obras, de su labor realmente enorme, desparramada en libros y periódicos.

Si afiliamos á Méndez en una escuela literaria, será la de los parnasianos, que procede directamente de Gautier. Hay en esta escuela un elemento de lo que podríamos llamar honradez estética: el esmero de la forma, el cuidado exquisito en la perfección de la rima. Los versos de Cástulo Méndez son impecables. Sin embargo, no se le pone al lado ni de Hugo, Vigny y Gautier, ni de Heredia, Leconte de Lisle y Baudelaire.

Entre las corrientes poéticas que siguió Cástulo Méndez, hay que contar la del renacimiento arcaico, que hoy empieza á percibirse entre los poetas jóve-

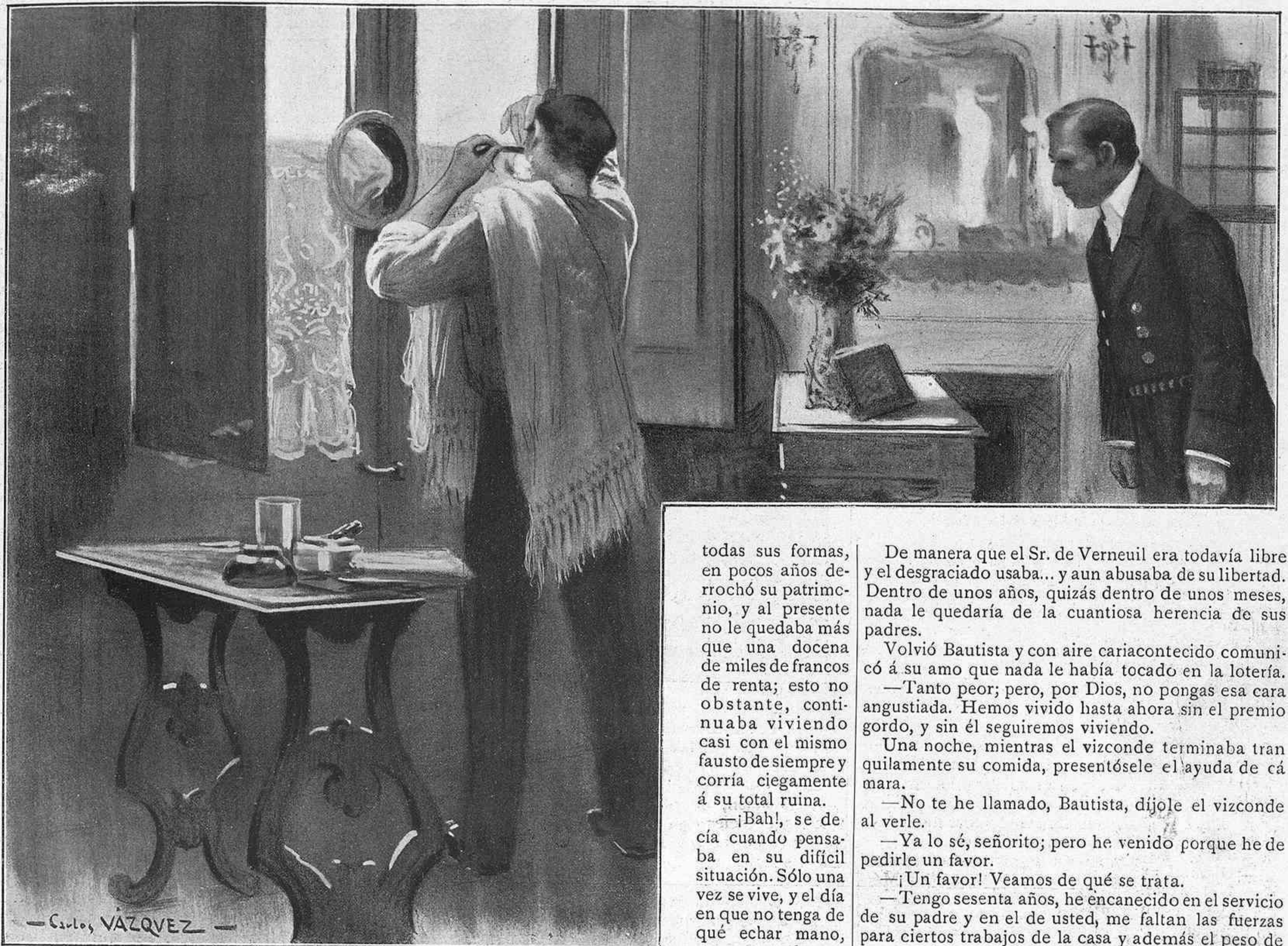
nes españoles y en Francia procede del romanticismo y de los parnasianos. Teodoro de Banville formuló las leyes de este renacimiento, y Méndez lo practicó estudiando á los poetas primitivos é imitándose en baladas, rondeles, villanelas (serranillas, diríamos aquí) y otras formas de la antigua menestralía. Muchos tomos componen la obra poética de Méndez, de la cual puede decirse con justicia que encierra bellas páginas, pero de la cual habría que afirmar que obedeció á influencias múltiples y acaso nunca á esa pujante vehemencia del poeta lírico verdadero, que expresa su propio ser.

Si en la poesía lírica y aun en los «gritos del combate» patrióticos no logró Méndez destacar una personalidad indiscutible, menos afortunado fué todavía en el teatro. Ninguna de sus obras dramáticas ha impuesto al público su nombre, no diré como el de Dumas hijo ó Rostand, ni aun como el de Lavedán ó Francisco de Curel. Como toda la producción de Méndez, su teatro fué algo trabajado, pensado, literario, pero que carece de sello peculiar. Claro es que sus estrenos armaron ruido en París; que se comentaron á saciedad, como todo lo nuevo y de autor tan conocido; pero la impresión profunda que producen las obras fuertes no se grabó en la mente del espectador, ni se impuso á la crítica. No tan hábil como Sardou para el manejo de los muñecos escénicos y el oficio de la carpintería dramática; no tan poeta como un Rostand, le faltó siempre el consabido pelo, ó le sobró cuquería, intención, artificio. Era demasiado literato para Sardou y demasiado flexible é imitador para Rostand. La única vez que un drama de Cástulo Méndez pudo interesarnos aquí, donde el bulevar no influye tanto como parece, fué aquella en que se atrevió á Santa Teresa de Jesús. Los teresianos fervientes y sencillos se escandalizaron; y otros teresianos más duchos en batallas de letras, otros teresianos que habíamos seguido á Méndez sin ansiedad ninguna, pero con algo de curiosidad, dado lo típico y ejemplar del caso, nos limitamos á sentir un desprecio que toda la tolerancia del mundo no podría evitar. En efecto, el desprecio aquí tomaba forma crítica, y cuando son nuestras facultades críticas las que entran en juego, no hay manera de modificar el sentir que han determinado. No se trataba de que supusiésemos en Cástulo Méndez posibilidad de cierto orden de respetos á la figura de la Santa, pero teníamos derecho á exigir una delicada intuición histórica, una España real, y no de litografía en colores del año 1820, como fondo de las concepciones de la fantasía; y queríamos, al menos, una Santa Teresa—personaje tan claro, tan conocido, tan fácil de estudiar para el caso de escribir un drama—que no nos hiciese el efecto de cierto régulo celtibero que acabamos de ver en la ópera *Hesperia*, recientemente estrenada en el Real, y que habla—me refiero al caudillo—de pintadas mariposas y rosas y rocío y no sé cuántas cosas más, muy bonitas para un madrigal de Meléndez Valdés... En fin, no quiero extenderme sobre *La Vierge d'Avila*, no sólo porque no cabe aquí, sino porque creo que la opinión ha hecho justicia, lo mismo que si la opinión fuese también teresiana...

Las novelas de Cástulo Méndez, aunque combinadas con todo el cuidado imaginable, á fin de captar la atención y quintaesenciar el erotismo, no han conseguido—satisfecha la curiosidad y reconocida la maestría del estilo, intensificado á lo Gautier—que su autor figure entre los novelistas grandes y provocadores de corrientes nuevas. Stendhal, autor sin estilo, estaba seguro de la inmortalidad, que no obtendrá Méndez con todas sus cinceladuras. Ni *El rey Virgen*, ni *Zo'Har*, ni *Mefistofela*, figuran en el estante donde campear *Madama Bovary*, *Salambó* y *Germinal*; ni aun en el que sustenta á *Mademoiselle de Maupin*, obra equívoca y licenciosa, pero fresca y espontánea en su creación. No basta buscar asuntos tan bíblicamente horribles como el de *Zo'Har*, no basta la perversión, no basta el talento al servicio de todo ello; no basta el arte, no basta nada, cuando falta una cualidad, un don, una potencia especial, que no se adquiere ni entregando el cerebro á las rritantes influencias de la actualidad en los centros parisienses, ni poniendo en prensa la imaginación para sorprender y apoderarse de los lectores.

¿Dónde reside este misterioso secreto de ser alguien? (Alguien en lo venidero, alguien para la posteridad.) ¿Dónde? ¿Acaso—lo emito como hipótesis solamente,—acaso en el carácter? ¿En la sinceridad, en la lealtad de la obra? ¿En el sueño de la inmortalidad, preferida al éxito inmediato?

No lo sé. Lo cierto es que Méndez, trabajador incansable como el abate Prevost, no deja una *Manón* que conserve su memoria.



— Carlos VÁZQUEZ —

— Bautista, debo tener, no sé dónde, algunos billetes de esa lotería

¡EL PREMIO GORDO!

CUENTO DE UGY MARIO. DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ (1)

«¡La lista grande! ¡Diez céntimos la lista con todos los premios de la Lotería de los Inundados! ¡El premio gordo de un millón! ¡Quién quiere la lista grande!»

Al oír aquel pregón, lanzado por una voz sonora que dominaba el tumulto de la calle, el vizconde de Verneuil, sin dejar la navaja con que rasuraba su rostro de disipado incorregible, dijo á su ayuda de cámara que cerca de él estaba:

— Bautista, debo tener, no sé dónde, algunos billetes de esa lotería. ¿Sabes dónde los habré metido?

— El señor vizconde los puso en un jarro de porcelana del saloncito.

— Pues compra la lista y mira si me ha tocado algo; al fin y al cabo, ¿por qué no ha tocado á mí mejor que á otro? Verdad es que nunca me ha favorecido la suerte, pero bien pudiera ser que un día se decidiera á sonreirme.

— Así lo deseo por el señor vizconde.

— Deséalo también por ti, Bautista, porque te gratificaré espléndidamente.

— El señor vizconde es demasiado bueno y su excesiva bondad le pierde.

Acaso era la bondad lo que perdía el señor de Verneuil; pero más seguramente le perdía su carácter débil.

Huérfano desde muy niño, en cuanto fué mayor de edad entró en posesión de una gran fortuna que él se creyó en el deber de gastarse alegremente.

Aficionado al lujo, al juego, á los deportes, á las mujeres, á los viajes, en una palabra, al placer bajo

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la Société des gens de lettres y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

— Sí, ya sé, lo que usted llama «volver á dorar el blasón», es decir, un matrimonio de conveniencia.

— Exactamente; veo que me ha comprendido.

— Le he comprendido y rechazo el pensamiento, pues jamás consentiré en prestar mi nombre á una... especulación. Por otra parte, la «heredera» que pudiera usted ofrecerme tal vez tendría alguna tacha.

— ¡Oh!

— Sé lo que digo... y no me refiero al honor, porque conozco á usted demasiado para suponerle capaz de tal felonía..., sino á otras cosas.

— No, mi «heredera», como usted dice, es una maravilla.

— ¿Bonita?

— Mucho.

— ¿Joven?

— Veinte años, instruída, bien educada, graciosa, adorable y por añadidura huérfana.

— El «mirlo blanco», en una palabra.

— Esto precisamente.

— Pues guárdese usted esa *rara avis*, mi querido amigo, ya que ni mi jaula es bastante dorada para albergarla, ni mi ramaje bastante vigoroso para seducirla.

— El nombre ilustre de usted es un prestigio, y usted personalmente es, yo lo afirmo, un mozo arrogante y encantador. A mi protegida le agrada usted, y si yo la nombro...

— ¿La conozco?

— La ve usted con frecuencia en mi casa.

— ¡Clara! Digo, dispense usted, ¡la señorita Clara! ¡Ah, Sr. Bringuier! Por favor, no hablemos más de su pupila... He conservado una sombra de los sentimientos caballerescos de mis antepasados..., y á ella, á Clara, en particular, no quisiera deberle nada de mi lujo... Además, prefiero permanecer libre durante toda mi vida.

— ¡Testarudo!, murmuró el notario retirándose.

De manera que el Sr. de Verneuil era todavía libre y el desgraciado usaba... y aun abusaba de su libertad. Dentro de unos años, quizás dentro de unos meses, nada le quedaría de la cuantiosa herencia de sus padres.

Volvió Bautista y con aire cariacontecido comunicó á su amo que nada le había tocado en la lotería.

— Tanto peor; pero, por Dios, no pongas esa cara angustiada. Hemos vivido hasta ahora sin el premio gordo, y sin él seguiremos viviendo.

Una noche, mientras el vizconde terminaba tranquilamente su comida, presentósele el ayuda de cámara.

— No te he llamado, Bautista, díjole el vizconde al verle.

— Ya lo sé, señorito; pero he venido porque he de pedirle un favor.

— ¡Un favor! Veamos de qué se trata.

— Tengo sesenta años, he encanecido en el servicio de su padre y en el de usted, me faltan las fuerzas para ciertos trabajos de la casa y además el peso de los años es bastante por sí solo para imponerme el descanso. Allí, en mi Normandía, de la que tanto me acuerdo, poseo alguna cosita junto al castillo de su familia de usted, ese castillo que á usted pertenece, y quisiera que el señor vizconde me permitiese ir á acabar mis días en mi tierra:

— ¡No es posible, Bautista! Conoces mi situación, mis apuros, ¿y quieres abandonarme cuando estoy solo, enteramente solo?

— Ya he dicho al señor vizconde que necesito descanso, respondió Bautista haciendo un esfuerzo... Si el señor vizconde estuviese enfermo, yo volvería para cuidarle. Además, no dejo al señor vizconde solo, puesto que mi sobrino Juan ocupará mi puesto, y el señor vizconde puede contar desde hoy con su fidelidad, como ha contado siempre con la mía...

El Sr. de Verneuil dejó partir á su criado con profunda pena, que supo, sin embargo, dominar.

Juan se amoldó pronto á las costumbres de su nuevo amo, y en la vida del alegre disipado no hubo cambio alguno.

* *

Seis meses después, Bautista recibió la siguiente carta:

«Querido tío, se acabó; el señorito está enteramente arruinado... Estos últimos días hemos vendido á un aficionado los cuadros, los muebles antiguos, las viejas porcelanas, y desde anteayer el señor vizconde no ha salido de casa. Hoy ha pasado parte de la mañana en larga conferencia con el notario. Van á poner en venta el castillo; usted tan fiel á la familia de nuestros amos, presenciará tan triste suceso y verá los carteles amarillos en la hermosa mansión.

«Acuda usted en nuestra ayuda; mis fuerzas están agotadas; día y noche espío al señor vizconde y le escondo las armas, pues temo que ocurra una desgracia.

«Le abraza y le espera su sobrino

JUAN.»

Bautista no contestó á esta carta, y así transcurrieron quince días.

* *

Hundido en una butaca del salón casi vacío, el vizconde meditaba. Era en abril; de día el sol calen-

taba, pero las noches eran frescas... El Sr. de Verneuil contemplaba vagamente la llama rosa y azul de una estufa de gas que ardía en la alta chimenea de mármol, y pensaba en la muerte, en el término de su suplicio.

En la alegre y movediza claridad del hogar, veía á sus antepasados que le echaban en cara su conducta y á su linda madre, muerta en edad juvenil, y veía también á la encantadora pupila del Sr. Bringuier, la bella huérfana que sin vacilar le habría concedido su mano. El mismo día antes el notario le había asegurado que, á pesar de todo, consentiría en ser su esposa.

Y sin embargo, él había persistido en su negativa, por orgullo, bien lo comprendía, por ese orgullo que había sido causa de su ruina y de su desgracia y que iba á serlo también de su muerte, porque era preciso morir.

No tenía armas á su disposición, pues Juan las había escondido todas.

«¡Ah, el tubo del gas!» pensó el vizconde, y cogiéndolo para poner en obra su propósito, murmuró: «He aquí el remedio supremo.»

—Buenos días, señorito.

Al oír aquella voz fuerte y alegre que vibró en el silencio, el vizconde volvió la cabeza.

Bautista estaba en la puerta del salón.

—¡Pobre Bautista! ¿Por qué has venido?

—Para salvarle á usted de sí mismo, señor vizconde. Ya le dije á usted que tenía en mi país una casita y unos pedazos de tierra; pues bien, mientras busca usted el modo de salir de su situación difícil, ¿quiere usted dispensarme el honor de aceptar la hospitalidad de mi humilde vivienda?

—¿Que si acepto? ¡Con toda mi alma, Bautista! Tu lealtad me conmueve y tu ofrecimiento es mi único refugio.

* *

Al día siguiente, el Sr. de Verneuil, acompañado de Juan y de Bautista, se apeaba en la estación de su aldea natal, una linda aldea bañada por el sol de la fértil Normandía. Un magnífico automóvil esperaba á los viajeros.

—¡Diantre!, exclamó el vizconde. ¿Desde cuándo tienes automóvil, Bautista?

—No es mío, señor vizconde; pero su dueño lo ha puesto á la disposición de usted.

En pocos minutos llegaron al castillo, cuya verja se abrió como automáticamente, y el auto, describiendo una curva rápida y graciosa, se detuvo al pie de la escalinata.

—¿Dónde me traes, Bautista? Advierte que no quiero ver á las personas que han comprado mi castillo; no las conozco y...

—No diga usted nada y venga conmigo.

Paternalmente cogió Bautista el brazo de su amo y le condujo al salón.

De pie en medio de la vasta estancia, el joven lanzó un grito de doloroso éxtasis; los viejos muebles estaban todos en su sitio; no se notaba allí ningún cambio.

El sol penetraba libremente por las altas ventanas abiertas, iluminando los más apartados rincones, y la brisa traía los exquisitos perfumes del jardín. Todo respiraba alegría.

—Vámonos, dijo el Sr. de Verneuil; la vista de todo esto me hace daño.



Estudio para el cuadro «El sermón de la montaña», original de Eduardo de Gebhardt

—¿Por qué ha de irse? El señor vizconde está en su casa.

—No te chancees, Bautista; bien sabes que el castillo se vendió.

premio gordo de la Lotería de los Inundados, y yo, con la complicidad del señor notario, cobré el billete como si fuera mío, lo que pude hacer sin la menor dificultad.

—¿Y esos antiguos muebles que yo creía haber vendido y que ahora encuentro en su puesto?

—El comprador obraba de acuerdo con nosotros.

—Por qué no me dijiste antes todo esto?

—Porque pensé que si decía al señor vizconde que volvía á ser rico, disiparía esa nueva fortuna como había disipado la otra.

—¡Qué bien hiciste, mi fiel Bautista! ¿Cómo podré agradeceréte?

—Aprovechando la dura lección que le ha dado el destino, convirtiéndose en hidalgo campesino, quedándose aquí, á la sombra de esas viejas paredes, en compañía de la señora vizcondesa.

—Te juro que así lo haré., pero falta la vizcondesa...

—No creo que tarde en estar aquí, porque allá abajo distingo una nube de polvo...

Y al decir esto, señalaba Bautista á lo lejos la línea blanca de la carretera.

Momentos después, llegaba al castillo el auto del Sr. Bringuier... Un velo de color claro flotaba en él agitado por el aire.

El notario llevaba sin escrúpulos y en pleno día á su pupila al castillo de Verneuil.

El vizconde, al ver que se acercaba aquella graciosa figura, experimentó una sensación de alegría inefable, y arrojándose en brazos de Bautista exclamó:

—¡Oh, mi bueno y leal Bautista! No es sólo el millón el premio gordo que me ha tocado; tu corazón vale para mi mucho más...

—No, señor vizconde; el premio gordo no es el dinero ni mi corazón; es el amor que viene á usted. Acéptelo, que bien lo ha ganado.

Buenos Aires.—EXPOSICIÓN PELÁEZ

La última vez que contemplar pudimos, y de esto hace ya dos años, la labor artística del asturiano Peláez, salimos del Salón convencidos de que el estudio y el tiempo irían fijando poco á poco su personalidad. Allí había muchas promesas; en la Exposición de ahora demuestra que comienza á cumplir lo que prometió, y que el atento estudio de la naturaleza ha enriquecido de variados matices su paleta.

De entre los cuadros de figura entresacamos, *La abuela y Soledá*, de plácida tranquilidad, de ideal naturalismo el primero, lleno de poesía el segundo.

En los paisajes Peláez se muestra en la plenitud de su talento: hay en ellos frescura, ambiente, vida. Se admira *La encantada* y el alma se va tras *Una calle en Asturias*, hermosísimo cuadro rico en detalles y en color, la *Ribera del Berbes* y *Una puerta en Toledo*.

Juan Peláez es un artista joven aún, que sabe ver y copiar, embelleciéndolo, lo que admira, y como en su paleta hay mucha luz y tiene muchos deseos de estudiar en el in-

menso libro de la naturaleza, este artista ocupará pronto un distinguido lugar entre los que con sus telas honran el nombre de España.—R. MONNER SANS.



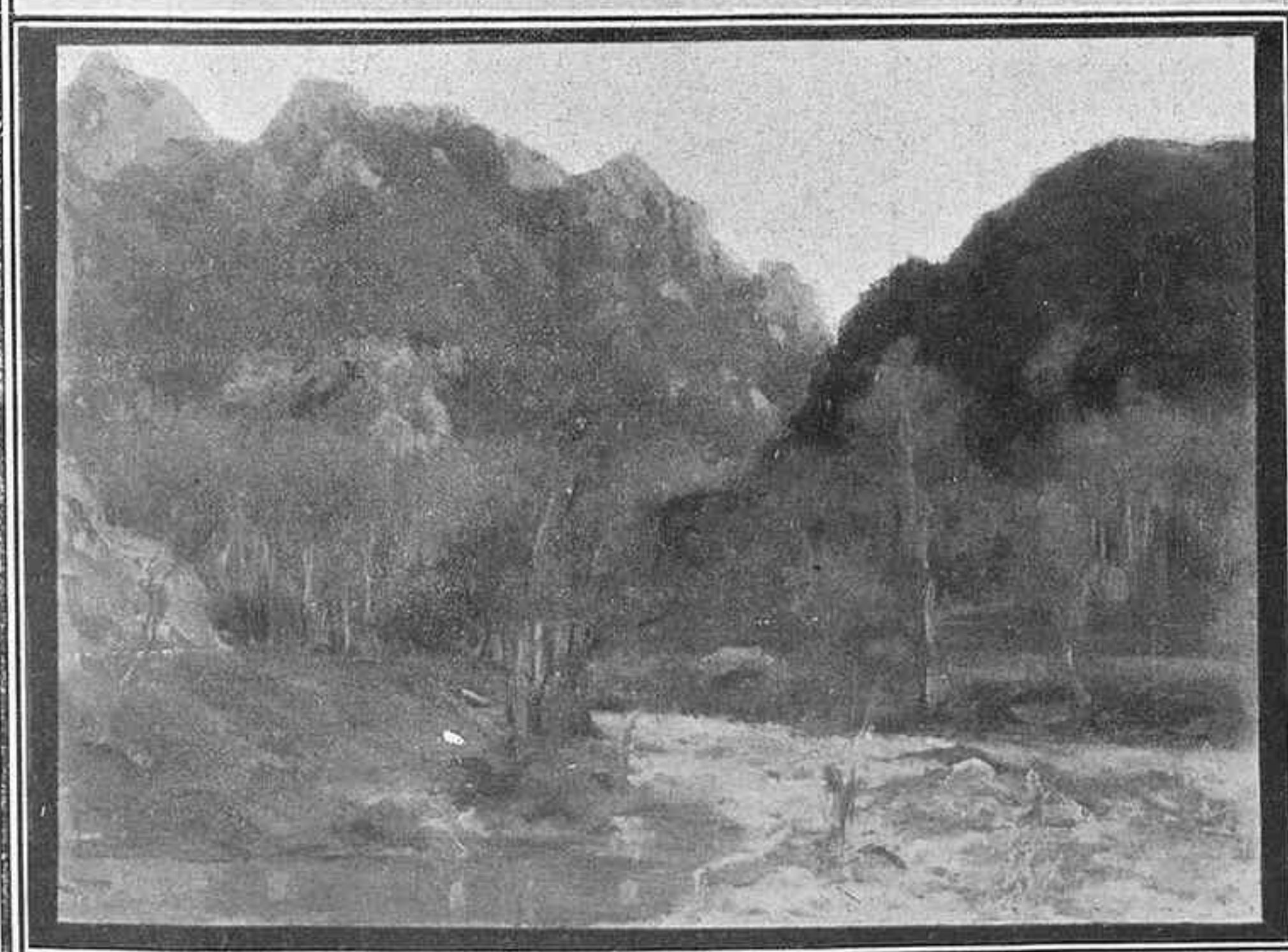
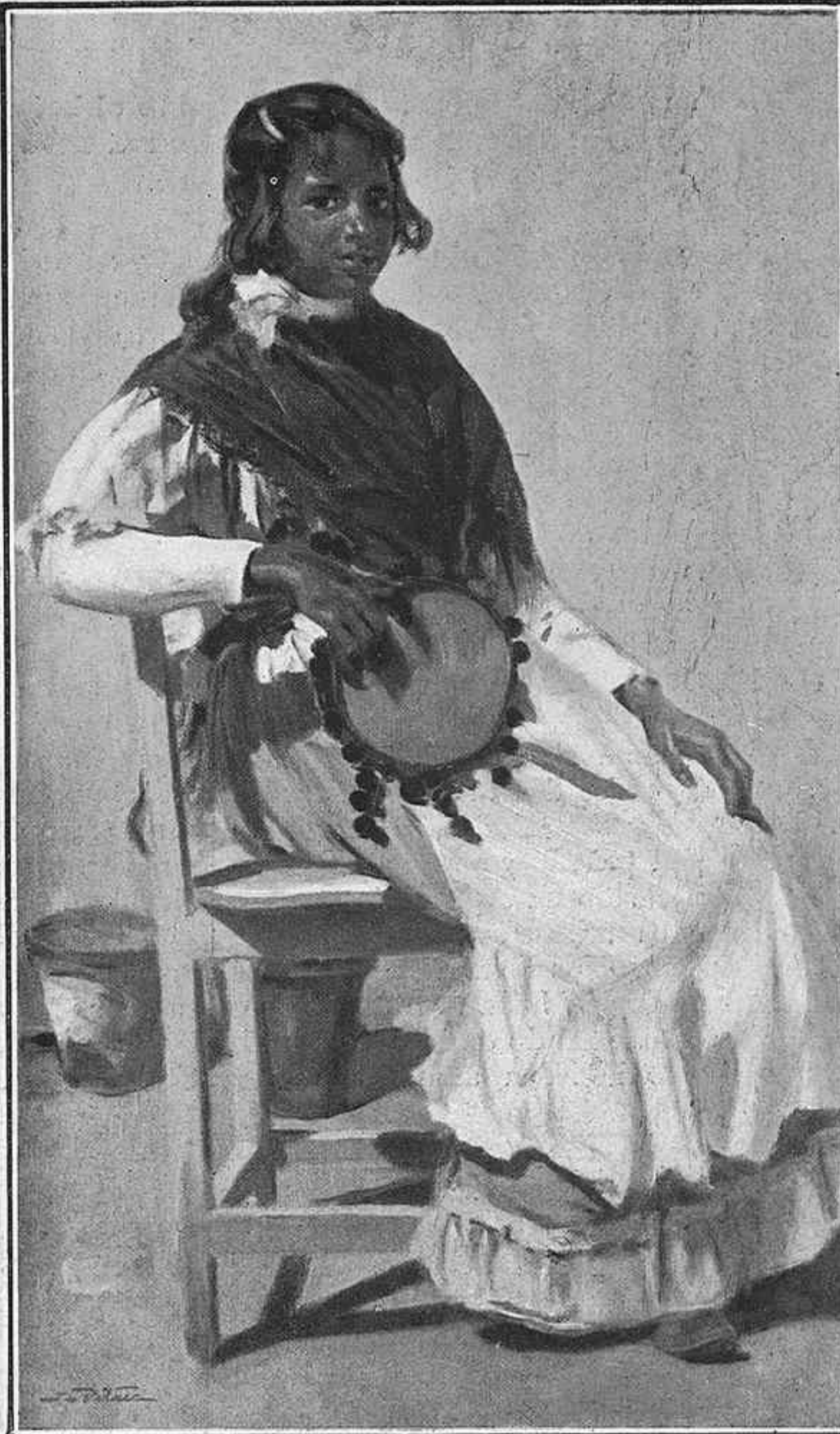
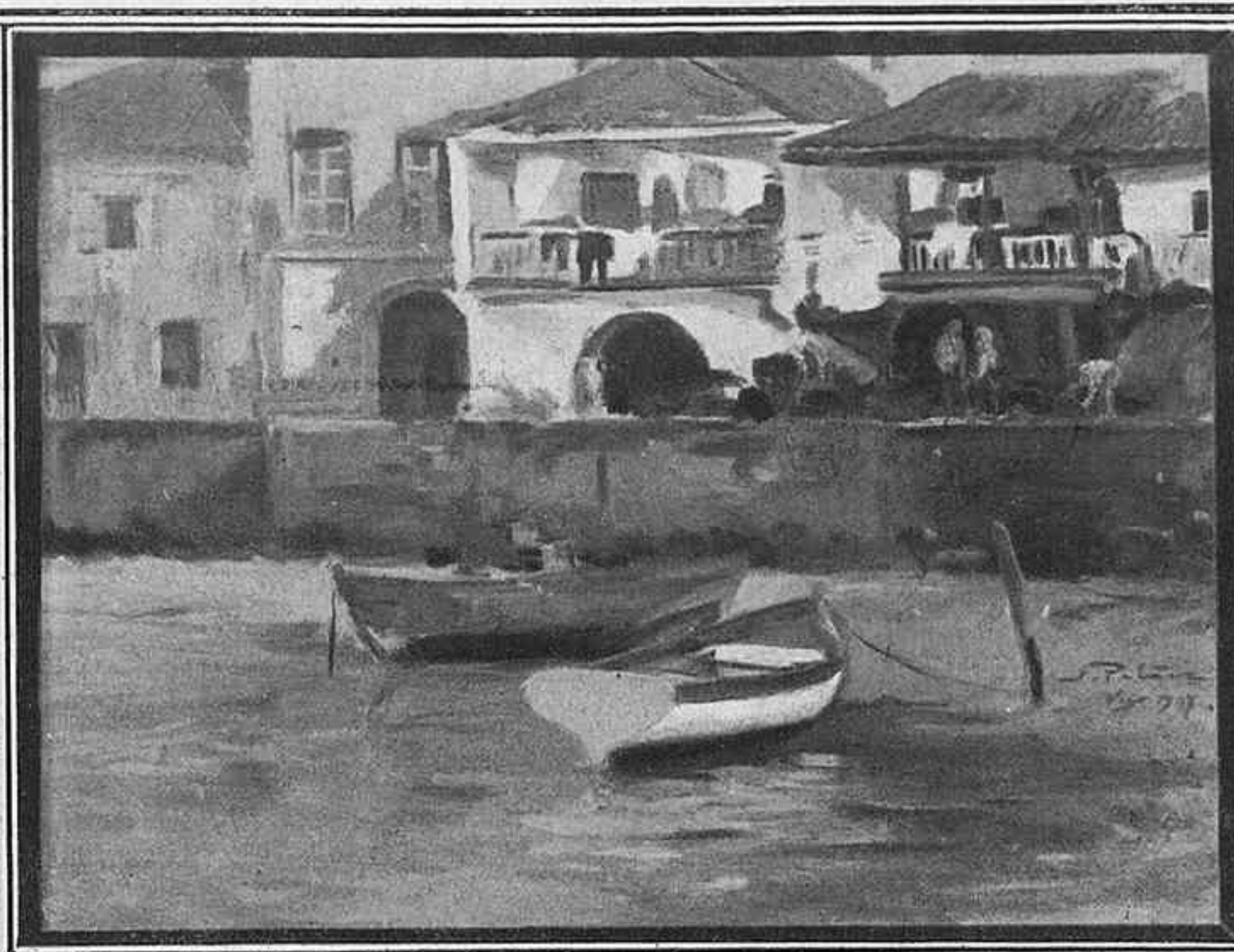
Jesucristo arrojando del templo á los mercaderes, cuadro de Eduardo de Gebhardt

—Pero lo compró usted.

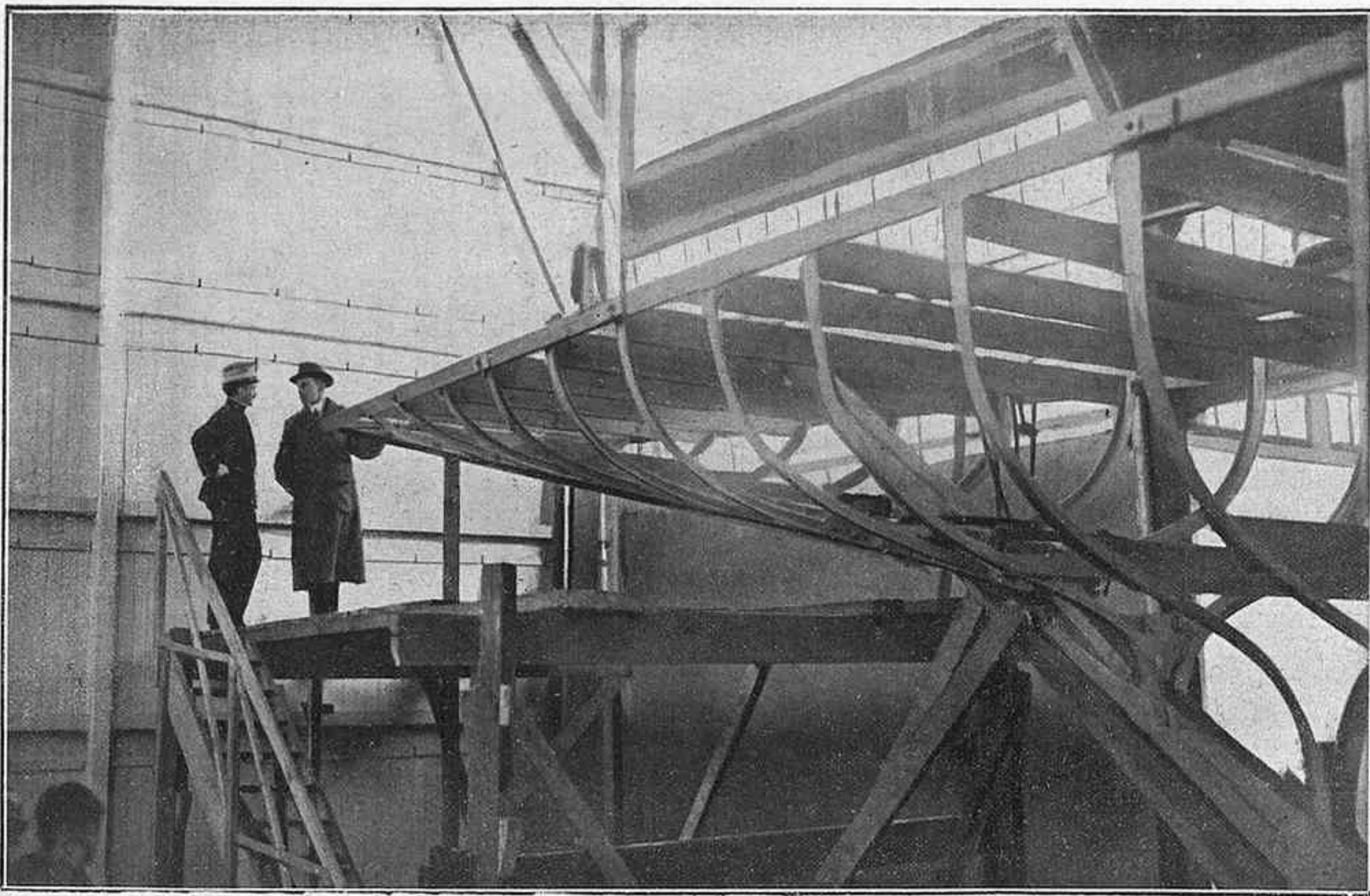
—¿Yo?

—Sí, usted. El señor vizconde había sacado el

BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN PELAEZ



Una calle en Asturias.—Ribera de Berbes (Vigo).—La abuela.—Soleá.—La encañada.— Una puerta en Toledo
(De fotografías de Witcomb.)



Pasajes.—S. M. el rey D. Alfonso XIII examinando el balandro «Hispania» de su propiedad que actualmente se construye en el astillero de Karrpard
(De fotografía de Frederic.)

En pocos días ha realizado S. M. el rey D. Alfonso XIII excursiones á Villaviciosa, á San Sebastián y á Pau; la primera para saludar al rey Manuel II de Portugal, á quien le unen lazos de íntimo afecto; la segunda con objeto de ver el balandro *Hispania* que para él se construye en el astillero Karrpard, de Pasajes, y la tercera con objeto de presenciar las pruebas del aeroplano de Wilburg Wright.

Salió el rey de Madrid en la tarde del 11 de febrero último y llegó á Elvás en la mañana del día siguiente, siendo saludado por las autoridades portuguesas; y después de haber revistado las tropas formadas en la estación, dirigióse en automóvil á Villaviciosa, adonde llegó al mediodía. Allí fué recibido por S. M. el rey D. Manuel II, que le abrazó efusivamente, por la reina madre doña Amelia y por las autoridades. Terminados los saludos, las augustas personas entraron en el palacio y pasaron al comedor, en donde les fué servido un espléndido almuerzo, al que asistieron los ministros portugueses de Obras Públicas y de Negocios Extranjeros y el embajador español conde de San Luis. Por la tarde, los dos monarcas estuvieron cazando en los bosques de Villaviciosa y lo propio hicieron al día siguiente. D. Alfonso regresó á Madrid en la mañana del 14, muy complacido de su visita á la familia real portuguesa, visita que ha dado lugar á no pocos comentarios por atribuirsele una significación política y diplomática que oficialmente niegan los gobiernos de las dos naciones.

Pocos días después, D. Alfonso XIII marchó á San Sebastián, visitando el astillero Karrpard, de Pasajes, en donde se está construyendo el balandro de su propiedad *Hispania* con sujeción á los planos del distinguido ingeniero escocés Mr. W. Fife. Tiene este barco 23'20 metros de eslora total, 15 de eslora en flotación, 4'12 de manga, 420 metros cuadrados de superficie de velamen y 40 toneladas de desplazamiento. El peso del lastre de plomo es de 18.500 kilogramos en una sola pieza; las armazones son de acero y de olmo americano

y en su interior habrá un comedor para seis personas, dos cámaras, tocador, cocina, camarote para el patrón y rancho para ocho tripulantes.

La altura del palo sobre cubierta será de unos 28 metros, y el velamen consistirá en una mayor, una escandolosa de 60 metros y tres foques.

S. M. quedó muy satisfecho de su examen del balandro, que estará terminado en la primera quincena de mayo.

Aquella misma tarde fué el rey á Biarritz y á Pau, y al día siguiente, en compañía del marqués de Viana y del Sr. Quiñones de León, dirigióse al aeródromo de Pont-Long, en donde le recibieron los hermanos Wright y el alcalde de Pau.

Un periódico parisiense refiere en los siguientes términos la prueba efectuada en presencia del joven monarca:

«El aeroplano *Wright* se hallaba dispuesto á partir, y Wilbur, á quien el soberano español alargó la

S. M. el rey D. ALFONSO XIII
en Villaviciosa, en Pasajes y en Pau



Los dos soberanos más jóvenes de Europa
El rey Alfonso XIII de España y el rey Manuel II de Portugal en Villaviciosa. (De fotografía de World's Graphic Press.)



Pau.—Wilburg Wright y sus alumnos-pilotos. De izquierda á derecha: el capitán Lucas Gerardville, el conde de Lambert, Wilburg Wright y Pablo Tissandier
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

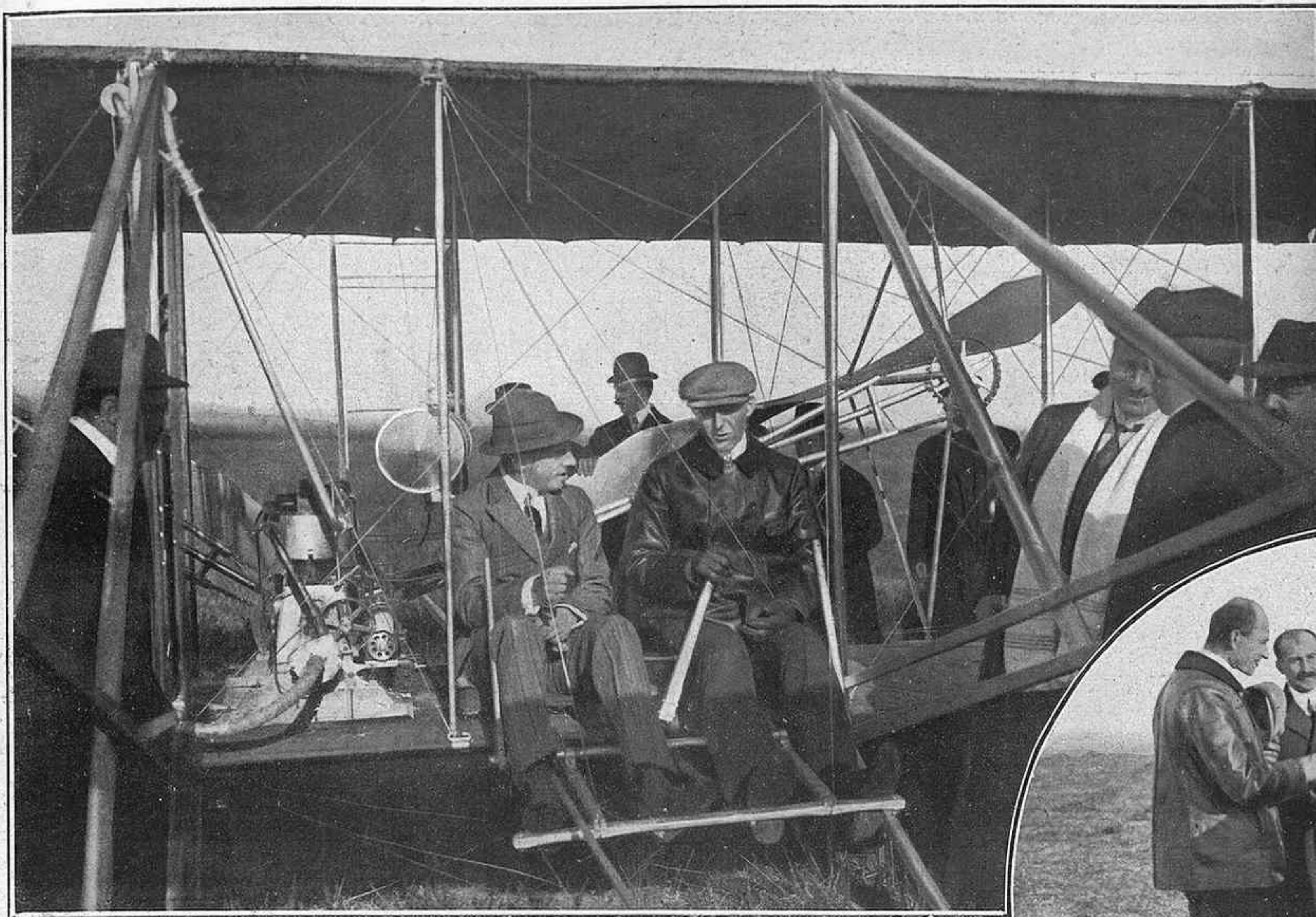
mano, dió algunas rápidas explicaciones acerca del funcionamiento del aparato; instalándose luego en —»Sé muy bien, agregó S. M., que los descontentos hablan de las *panas*. Creo que el mismo peligro

la barquilla y elevándose con gran facilidad, emprendió el vuelo. Eran entonces las nueve y veintisiete minutos de la mañana, y durante media hora el aeroplano maniobró con facilidad y docilidad maravillosas.

»En un instante y marchando á toda velocidad perdióse de vista, volviendo luego á cernirse sobre el cobertizo, subiendo y bajando con tal regularidad, que provocó los aplausos de los asistentes, iniciados por don Alfonso XIII.

»Durante la experiencia, el rey de España, sin perder de vista el aeroplano, estuvo departiendo amigablemente con Tissandier, de Lambert, Orville Wright y el capitán Gerardville.

»A este último, alumno piloto, delegado del ministro francés de la Guerra, le explicó los resultados que á su juicio se pueden obtener del aparato desde el punto de vista militar. Para D. Alfonso no ofrece duda que puede ser de grande utilidad en los reconocimientos.



S. M. el rey D. Alfonso XIII en el aeroplano de Wilburg Wright haciéndose explicar por éste los pormenores del mecanismo del aparato. (De fotografía de Trampus.)

se corre con un oficial de órdenes cuyo caballo pue de empezar á cojear en cualquier momento.

»Preguntó á Orville pormenores técnicos acerca del funcionamiento del mecanismo, y se hizo referir el accidente ocurrido en los Estados Unidos y en el cual su interlocutor se rompió una pierna y murió el teniente Selfridge.

»Orville dijo que los médicos le habían prohibido elevarse durante un año; pero que confía hallarse completamente restablecido dentro de algunas semanas, gracias á la benignidad del clima.

»O'Berg presentó al soberano las señoritas Catalina Wright y de Lassence, la señora Hart O'Berg y lord North O.lfe. El rey les acogió con su peculiar amabilidad y galantería, y conversó preferentemente con la señorita Wright.

»Manifestó su alegría por hallarse en Pau, é hizo una discreta alusión al pesar que sentía por no poder embarcarse en el aeroplano. La «razón de Estado» se lo impide.

—»Es el automóvil ideal, exclamó viendo acercarse el aparato de los Wright. Nada de tropezonesni guijarros.

»Después de presenciar algunas vueltas y maniobras, bellamente efectuadas, agregó:

—»No creía yo que fuera posible acercarse tanto al suelo y volverse á elevar con tal facilidad. Positivamente domina su aparato y hace de él lo que quiere. Pero, preguntó dirigiéndose á Orville, ¿no hay nunca sacudidas?

—»Casi nunca, contestó el interrogado.

—»El ruido del motor debe cansar, dijo el soberano.

—»No. Se acostumbra uno á él muy pronto.

»En aquel instante, semejante á un gran pájaro que se posa, el aeroplano tocó tierra. Entonces D. Alfonso dejó traslucir su admiración.

»Adelantóse hacia Wilburg Wright, le estrechó la mano largo rato y se sentó á su lado en la barquilla.

»Durante largo espacio abrumóle á preguntas acerca del funcionamiento de la máquina, de la marcha de las palancas, que hizo maniobrar, y del motor, etc.

»D. Alfonso manifestó que deseaba ver dirigir el aparato á uno de los pilotos, y desfriendo á su deseo, tomó asiento junto á Wright el conde de Lambert y comenzó el segundo vuelo.

—»¿Qué fuerza tiene el motor?, preguntó S. M.
—»Veinticuatro caballos, contestó Orville; pero con una ligera modificación puede ser de treinta.

—»¿Y cuál es su velocidad?



S. M. el rey D. Alfonso XIII felicitando á Wilburg Wright después del vuelo efectuado por éste en su presencia (De fotografía «Rapid.»)

UNA MISIÓN CHINA EN PARÍS

El día 17 de febrero último llegó á París una misión que el gobierno chino ha enviado á Europa con

objeto de estudiar la organización financiera y administrativa de los grandes Estados. La misión compónese de doce individuos, presididos por el comisario imperial Tang Chao-Yi y que se dividirán en grupos para realizar simultáneamente sus estudios en las capitales de Francia, Alemania, Austria, Italia y Bélgica.

La misión fué recibida en Calais por el primer secretario de la legación china en París, pues el ministro hallábase en Portugal, y por el cónsul de Francia en representación del gobierno francés. Los comisionados embarcaron en el vapor *Federico Guillermo*.

El día 20 el presidente de la República Sr. Fallieres recibió en audiencia solemne, en el palacio del Elíseo, á Tang Chao-Yi y á sus acompañantes, con quienes iba también el ministro de China en París S. E. Liu-She-Shun.



París.—Una misión china enviada por el gobierno del Celeste Imperio para estudiar la organización financiera y administrativa de los grandes Estados europeos. S. E. Tang-Chao-Yi, comisario imperial (x), y el príncipe Tang-Tsai-Fu, primo del emperador (x x) y primer secretario de la legación en París, á bordo del *Federico Guillermo*. (De fotografía de Carlos Delius.)

EL CARNAVAL EN NIZA



S. M. el Carnaval XXXVIII en forma de hombre-pájaro



El viaje de Cook alrededor del mundo (el Elefante)



Carroza que representa á los aeronautas de Issy-les-Moulineaux. En las ventanillas, Wilburg Wright y Enrique Farman
(De fotografías comunicadas por Carlos Delius.)

EL CARNAVAL EN NIZA



Una batalla de confetti en la plaza Massena



Carro que representa una granja



Paso de la cabalgata carnavalesca por la plaza Massena
(De fotografías comunicadas por C. Delius y M. Branger.)



Barcelona.—Laboratorio ictiogénico creado por la Junta Municipal de Ciencias Naturales é inaugurado el día 21 de los corrientes

BARCELONA.—EL LABORATORIO ICTIOGÉNICO

El domingo, 21 de febrero último, inauguróse este importante laboratorio, instalado en el Parque de esta ciudad, por iniciativa de la Junta Municipal de Ciencias Naturales que, en dos años de existencia, tanto ha hecho en pro de la cultura y de la utilidad pública de Barcelona. Al acto inaugural asistieron el alcalde accidental Sr. Bastardas, el teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso, los concejales Sres. Nubiola, Mundi y Palau, los individuos de la citada junta Rdo. Dr. D. Norberto Font y Sagué y Sres. Darder, Mir y Navarro y Bofill, el ingeniero jefe agrónomo de la provincia Sr. Clarió y representan-

nacer anualmente algunos centenares de miles de huevos de especies indígenas y exóticas, criar algunos millones de gérmenes ya nacidos y producir de cuatro á cinco millones de peces de distintas clases que en diversas edades serán lanzados en aguas en donde puedan prosperar.

Estos datos demuestran la importancia del Laboratorio, por cuya creación merece los más entusiastas elogios la Junta Municipal de Ciencias Naturales.

EL CARDENAL SANCHA

A la edad de setenta y cinco años ha fallecido el cardenal arzobispo de Toledo Dr. D. Ciriaco María Sancha, primado de España y una de las más grandes figuras de la iglesia española contemporánea. Nació en Quintana del Pidio (Burgos) en 1833, hizo con gran brillantez los estudios eclesiásticos, obtuvo una canongía en la Habana, y en 1875 fué nombrado obispo auxiliar de Madrid. Pasó luego á ocupar la silla episcopal de Avila y después la arzobispal de Santiago, regresando en 1866 á la corte como obispo de Madrid-Alcalá. En 1892 fué promovido al arzobispado de Valencia, en 1894 recibió el capelo cardenalicio y en 1897 sucedió al cardenal Monescillo en la silla primada de Toledo.

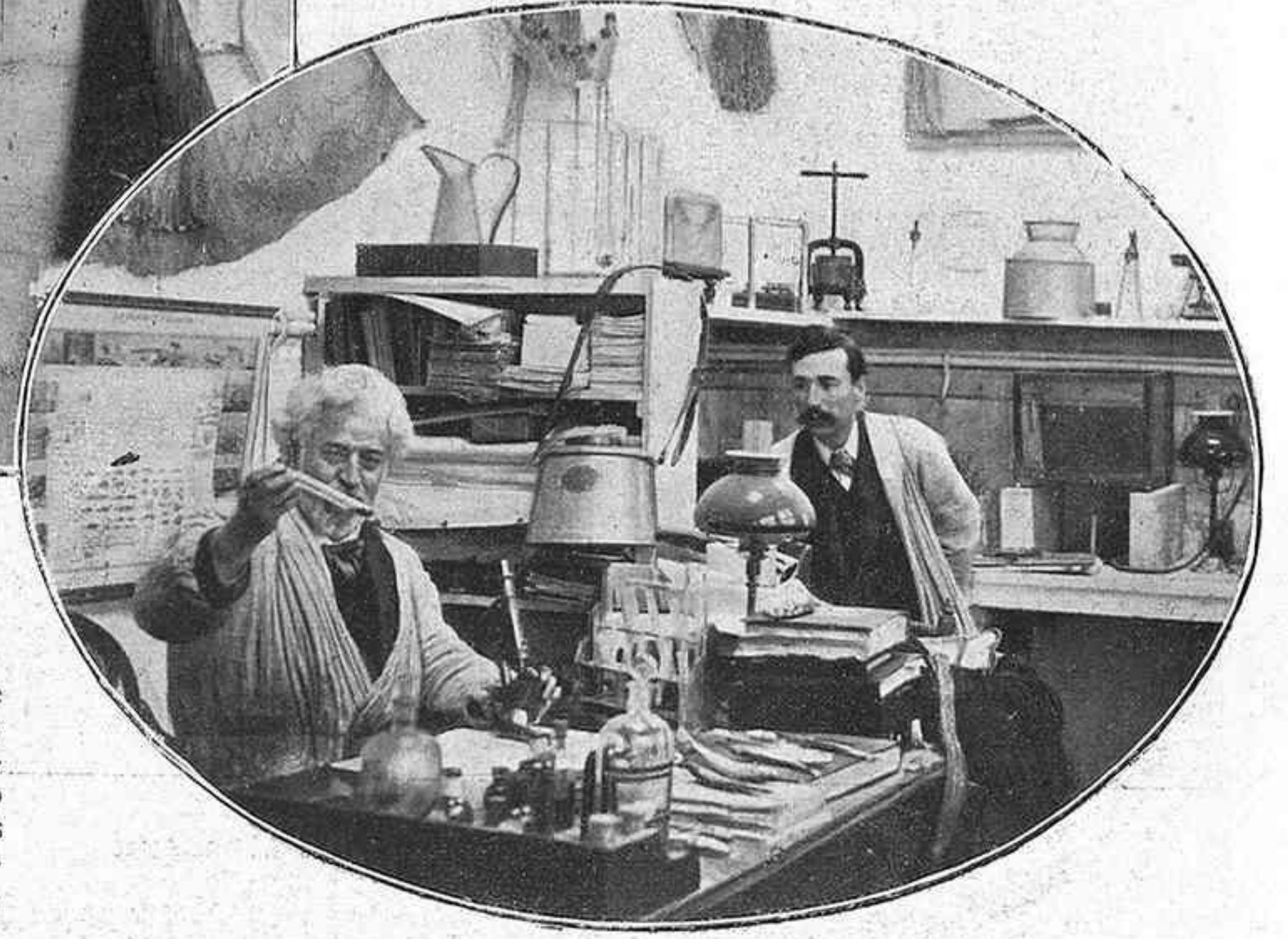
Dotado de grandes talentos y virtudes, su paso por todas las diócesis en que ejerció su alto ministerio señalóse por la soli-

itud con que atendió á las necesidades del culto, construyendo y restaurando templos y fundando seminarios; por su celo en pro de los intereses religiosos, creando asociaciones y celebrando concilios; y por su amor á los menesterosos, fomentando las obras de beneficencia y aportando sus limosnas y sus consuelos al hogar del pobre.

EL SR. PAOLI

Este personaje, que recientemente se ha jubilado en París, era el encargado de velar por la seguridad de los soberanos extranjeros mientras permanecían en Francia. La reina Victoria de Inglaterra habló, por decirlo así, descubierto en las temporadas en que residió en Cimiez y le había en cierto modo consagrado como «ángel guardián de los reyes.» Aquella reina considerábase más como un amigo que como un funcionario, y de la simpatía que le profesaba dióle elocuente prueba invitándole personalmente y fuera de toda etiqueta á las fiestas de su jubileo.

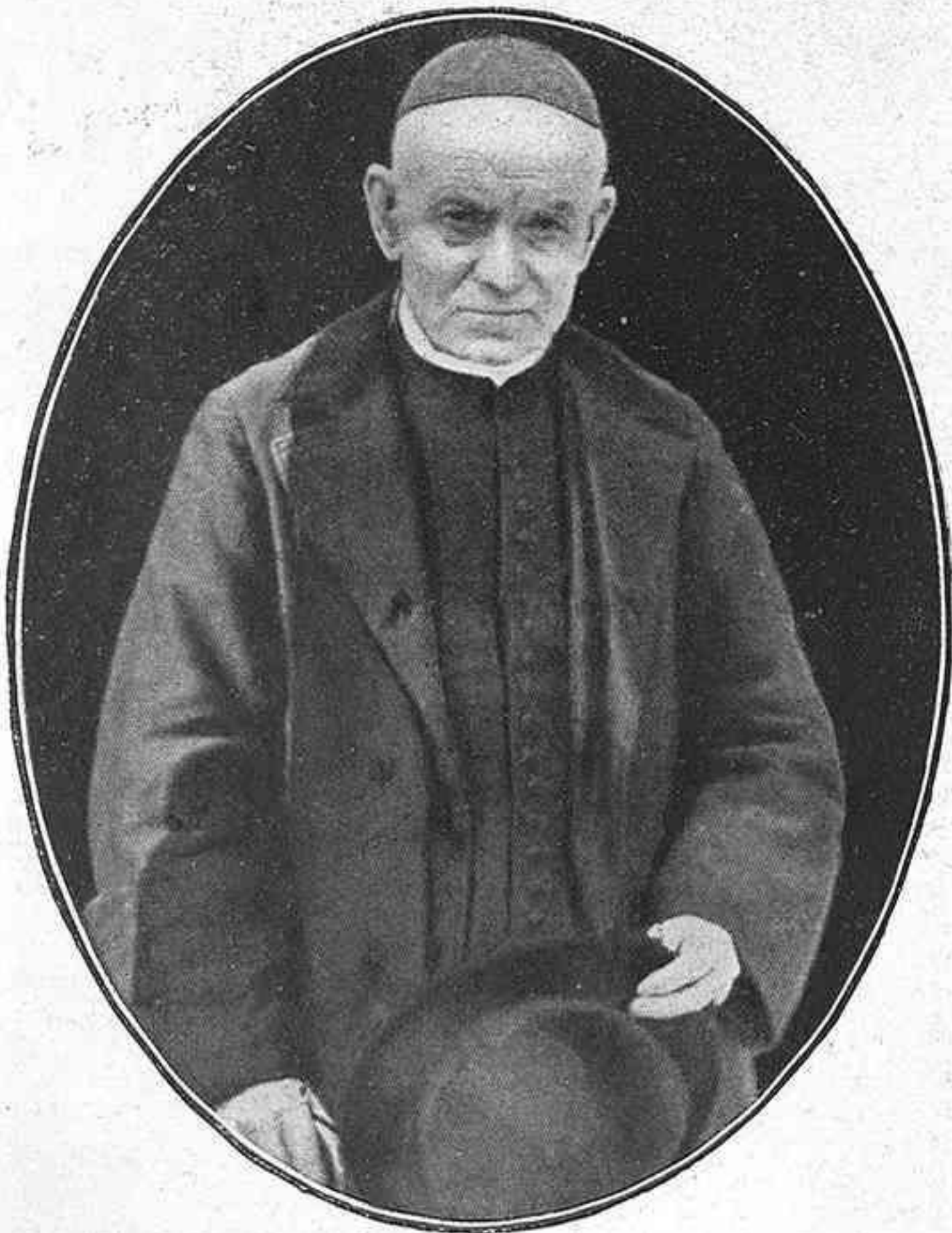
Su salón es un verdadero museo en el que se admiran los



El director del laboratorio Sr. Darder (De fotografía de A. Merletti)

más ricos objetos, regalos de soberanos, y centenares de fotografías con expresivas dedicatorias, desde la de la emperatriz Isabel de Austria al grupo íntimo de los príncipes de Gales con sus hijos y al retrato de Alfonso XIII, firmado el mismo día en que el joven rey de España al poner por vez primera su pie en Francia y distinguiendo, al bajar del tren, al Sr. Paoli, le dijo: «Yo faltaba en vuestra colección. ¡Ya estoy aquí!»

El rey Eduardo, el rey Jorge de Grecia, el emperador y la emperatriz de Rusia, el rey Carlos y la reina Amelia de Portugal, el rey de Bélgica, la reina Guillermina de Holanda, el rey Oscar y el rey Gustavo de Suecia, el emperador de Austria; en una palabra, todos los soberanos de Europa, excepción hecha del Papa, de Guillermo II y del sultán de Turquía, aparecen en aquel museo al lado del bey de Túnez, del shah de Persia, del rey Sisowath y de otros muchos. Pero el sitio preferente está reservado á la familia real inglesa, sobre todo á la reina Victoria, cuyas estancias en Cimiez recuerdan innumerables instantáneas y acuarelas.



S. Emma. el cardenal D. Ciriaco M.ª Sancha, primado de España, arzobispo de Toledo, fallecido en aquella capital en 25 de febrero último. (De fotografía.)

tes del gobernador civil y de importantes entidades barcelonesas.

Los invitados recorrieron las distintas dependencias escuchando las interesantes explicaciones que acerca del funcionamiento de las mismas les dieron los Sres. Font y Sagué y Darder, director del Laboratorio, y felicitando calurosamente á la benemérita junta por la utilísima obra realizada.

El Laboratorio consta de varias secciones, entre ellas las de cipericultura, salmonicultura, anguicultura y otras especiales de los Sres. marqués de Aguilar, Rafael Brenosa, Mariano de la Paz Graells y Federico Cortada, todas perfectamente montadas y dotadas de los elementos necesarios para que respondan cumplidamente á su objeto.

La finalidad fundamental del Laboratorio es la producción de peces para poblar los ríos y lagos de Cataluña, criar los gérmenes de especies aquí desconocidas, estudiar mejor las que ya se conocen, contribuir al estudio de sus enfermedades epidémicas y procurar, en una palabra, que nuestras aguas sean fuente de riqueza, como lo es la tierra.

Con los medios que actualmente dispone podrán hacerse



M. Paoli, jefe de seguridad, encargado de velar por todos los soberanos extranjeros que visitaban Francia, que recientemente se ha jubilado. El grabado lo representa en el salón en donde guardaba los retratos de dichos soberanos, todos ellos con dedicatorias autógrafas. (De fotografía de M. Branger.)

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



— Nunca me hubiera atrevido á acercarme á usted

«Después de todo, somos hermanos—dijo encaminándose hacia una estación de ómnibus para regresar á su cuartel.—Lo que ocurre prueba que si la señorita Laroche me hubiese conocido primero á mí, yo hubiera sido el preferido. Edmundo tuvo la suerte de conocerla antes que yo, y nada más. Dicho está que iré el domingo... Luego veremos en qué para la cosa... Edmundo está lejos, y aún va á alejarse más... Una vez en América, allí se quedará; es la situación. Entonces, la plaza es libre y como además es excelente, á tomarla... ¡Lástima que yo sea soldado!...—concluyó amargamente.—En fin, poco importa... Si yo puedo entretener á Juana hasta mi licenciamiento..., ¿quién sabe?..»

A la mañana siguiente, cuando el toque de «cartero» resonó en el cuartel del Chateau-d'Eau, Luciano de Favreuse estaba allí y su nombre fué el primero que salió de los labios del cabo encargado de distribuir la correspondencia.

La carta que le entregaron, cerrada con cinco sellos de lacre encarnado, venía certificada y contenía un cheque de dos mil francos que su hermano le enviaba anunciándole su partida.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

«...En el momento de recibir esta carta, la última que te escribo desde Londres—le decía Edmundo,—me encontraré ya en Southampton con Mr. James y quizá á bordo del *King William*, el *steamboat* que debe transportarnos á América.

«¡Cuánto tiempo vamos á permanecer separados, mi querido Luciano! Porque tú te hallas ligado en Francia por tu servicio militar, que aún durará más de cuatro años, y yo no llevo, al marchar, sino una esperanza muy remota de regreso, puesto que debemos fundar en el Canadá una nueva casa de la cual seré director y me obligará, durante largos años, á una residencia continua.

«Hasta después de tu licenciamiento no podremos reunirnos, si, como espero, vienes á compartir conmigo mi fortuna.

«Te envío ese cheque de dos mil francos, que te constituirá en casa de los banqueros Barcilon Aubin y C.^a un crédito de que podrás hacer uso á medida de tus necesidades, y antes de que lo hayas agotado lo habré renovado yo, pues quiero que ese sacrificio que aceptaste por abnegación y por afecto hacia mí sea al menos dulcificado por mis cuidados...»

Después de haber leído esta carta, llena de afectuosa ternura, el miserable sólo dijo, metiéndose el cheque en la cartera:

—¡Buen viaje!

Luciano estaba completamente resuelto á seguir

en la criminal aventura empezada. Su hermano partía con una remota esperanza de regreso.

«¡Sabe Dios si volverá!—pensó el voluntario.—Sería yo un tonto si dejase escapar una ganga como esta...»

No había más que un obstáculo: el servicio militar, aquellos cuatro años que faltaban para su liberación y que le pesaban como plomo.

«¡Bah!..—exclamó.—Después de todo, no es más que una cuestión de tiempo...»

La noticia del encuentro del que ella tomaba por Edmundo de Favreuse produjo una deliciosa emoción en el espíritu de Juana Laroche.

Esta interrogaba á Paulina con una impaciencia imposible de contener.

—Dime todo lo que te ha dicho..., preguntó con avidez. ¿Conque se encuentra en París?

—En el cuartel del Chateau-d'Eau, contestó la camarera, y pensé que se alegraría usted de ver al señorito Edmundo...

—¡Oh, sí!

—Entonces le dije que el domingo próximo tenía usted que ir á la misa mayor de San Sulpicio.

—¿Él irá?

—Me lo ha prometido.

—Has hecho bien... Sí, el domingo por la mañana papá se quedará aquí. ¿Me reconoció el otro día?

—En seguida, contestó Paulina, pero se quedó parado al ver que usted le reconocía.

—¿Cómo!.. Sabes muy bien que yo no le había olvidado.

—Sí, pero pensaba que con el uniforme estaría desconocido.

—No para mí.

—Le he dicho..., prosiguió la camarera con cierta vacilación, supongo que he hecho bien..., que fué usted quien le envió, el año pasado, aquellos dos mil francos...

—¿Le has dicho eso?, exclamó Juana.

—Ello pareció causarle viva impresión... Estaba emocionado... Se ve que la ama á usted..

—¿Lo crees realmente?

—Estoy segura.

—¿Ah, si no fuese por mi padre!.., suspiró la muchacha. Será preciso que sepa la verdad..., no tendré más remedio que decírselo... Tengo miedo, porque no consentiré jamás en este matrimonio.

—La señorita es mayor de edad, después de todo, dijo Paulina con intención.

—Sí... ¡Pero es tan desagradable la discordia!.. Fuera de esto, no tengo queja alguna contra mi padre... ¡Siempre ha sido tan bueno para mí!.. Pero sobre este particular tiene sus ideas... ¿Es culpa de Edmundo si su padre fué arruinado por la señora de Favreuse?.. Porque lo único que le puede reprochar es la falta de fortuna...

—La felicidad no consiste en el dinero, opinó Paulina. Se ven más matrimonios desavenidos y aun desastrosos entre los que se casaron por interés que entre los que únicamente se casaron por amor...

—Es verdad, dijo tristemente la joven, pero mi padre no querrá nunca comprender eso.

—¿Quién sabe?.. El señor cambiará quizá de parecer cuando sepa que usted ama al señorito Edmundo.

—No me atrevo á creerlo.

—Habrá que probarlo, pues su papá tendrá que saberlo un día ú otro.

—En fin, veremos...

A pesar de esta perplejidad dolorosa y estas aprensiones respecto al porvenir, Juana, que amaba sinceramente de todo corazón, gozaba á la idea de ver á Edmundo de Favreuse.

Esperaba con impaciencia aquella entrevista que Paulina había tenido la excelente inspiración de prepararle.

¡Qué largos le parecieron aquellos dos días escasos que la separaban del domingo! No le bastaba saber que Edmundo la amaba; quería oírsele decir y galvanizar su amor al contacto del suyo, á fin de sacar de él la energía necesaria para las luchas que vislumbraba.

¡Oh! Si él la amaba como le amaba ella, Juana se sentiría con toda la fuerza, con todo el valor, con toda la paciencia necesarias para triunfar.

Cualesquiera que fuesen las tentativas de su padre para desviarla de él, ella le guardaría su corazón y esperaría el momento en que, libre ya, pudiese ser suya para siempre.

Hasta entonces no diría nada; guardaría para sí el secreto de su corazón, á fin de evitar la oposición y las contradicciones que le serían hechas.

Más tarde, cuando Edmundo hubiese terminado su servicio militar, «ya verían.»

¿Quién sabe si, en presencia de la tenacidad de aquel amor, su padre cedería?

Aquel domingo, con tanta impaciencia esperado durante dos días, que le parecieron interminables, llegó al fin, y Juana, desde que despertó, sintióse penetrada de una emoción deliciosa como á la proximidad de un acontecimiento cuya influencia alcanzar á toda su vida.

A medida que se acercaba el momento en que iría al encuentro del que tanto amaba, le invadía una turbación de exquisitas sensaciones, mezclada con aprensiones indefinibles.

Experimentaba ese presentimiento dado á menudo por la clara videncia del alma como un saludable aviso á la aproximación de un acto del que puede resultar una desgracia irreparable; pero cegada por su ternura, que había adquirido entonces la fuerza de una verdadera pasión, no fué detenida por aquellas aprensiones, y no escuchando más que sus aspiraciones amorosas, atribuyó su causa á los temores inspirados por la oposición de su padre.

Juana trató en vano de tranquilizarse diciendo para sí:

«Papá no tendrá más remedio que ser bastante razonable para dejarme casar á mi gusto, y comprenderá muy bien que amo á Edmundo con todas las fuerzas de mi alma cuando sepa que le he esperado cinco años... Hasta entonces no le diré nada.»

Las misteriosas aprensiones persistían al extremo de que la pobre muchacha, en el momento de partir, dijo á Paulina que la acompañaba:

—No sé lo que me pasa; estoy toda temblorosa... Se me figura que va á sucederme alguna desgracia...

—Es porque está usted un poco nerviosa esta mañana, contestó la confidente de la señorita Laroche. Se comprende... ¿Pero qué desgracia quiere usted que le suceda?

Ya en la calle, las dos jóvenes echaron á andar rápidamente, atraídas hacia la iglesia donde esperaba el hijo del Sr. de Favreuse y presurosas de alejarse de la casa donde aquel amor había sido combatido.

Al entrar en la iglesia, Juana vió en seguida á Luciano, que estaba cerca de la puerta. Su uniforme se destacaba vigorosamente sobre los trajes oscuros de los fieles.

Su emoción redobló.

Como cuando el primer encuentro, ella fué engañada por el prodigioso parecido que confundía á los dos hijos del Sr. de Favreuse, y su corazón empezó á palpar con una violencia inaudita, mientras sus mejillas, ligeramente pálidas, se cubrían de carmín.

Al verle, bajó los ojos, y él se acercó á Juana, retenido por una vacilación que ella tomó por timidez.

Pero Luciano se alentó. Su última aprensión se desvaneció á la vista del trastorno y de la emoción que Juana Laroche no podía disimular. No había duda: aquella adorable muchacha creía reconocer á Edmundo en él, como cuando su primer encuentro, como la camarera tres días antes, y le amaba.

Entonces, impresionado por aquel amor cuya manifestación se dejaba ver en las miradas de Juana y en los estremecimientos que corrían por todo su cuerpo, atraído por aquella ternura que se declaraba de un modo tan manifiesto y que iba realmente para él, sintióse al instante penetrado de una pasión ardiente que se apoderó de todo su ser, y se declaró con tanta mayor vehemencia cuanto que era inesperada. Desde aquel momento ya no hizo un papel, sino que se sintió realmente enamorado, é impulsado hacia Juana, se acercó á ella.

—Nunca me hubiera atrevido á acercarme á usted, le dijo con una voz que vibraba al contenerse, porque me parecía que mis desgracias nos habían separado para siempre...

Juana se estremeció al oír aquella voz en que le parecía reconocer los acentos del que había sido su amigo de la infancia, y su emoción fué tan fuerte que apenas pudo contestar:

—Supe todas sus desgracias...

—Y generosamente me compadeció usted, dijo en seguida el hijo de Favreuse tendiendo tímidamente la mano, en que Juana colocó la suya; lo he sabido... Hasta hace pocos días no me he enterado de lo que usted hizo por mí... ¡Oh, gracias, gracias!..

—¿Podía yo permanecer insensible, dijo Juana, cuando mi corazón recordaba la amistad que antes nos había unido?..

—Yo también, aunque apartado de usted, no he dejado nunca de pensar en la amiga que había perdido..., y si me hubiese atrevido, hubiera vuelto á buscarla... ¡Qué de veces hablé de ello á mi pobre padre, preguntándole por qué había cesado de ver al Sr. Laroche. No se atrevía; hubiera querido poderle pagar lo que le adeudaba, porque el favor que su papá de usted le había hecho era para él una deuda sagrada, y en su lecho de muerte, el día en que se rindió á la desesperación, aquella deuda olvidada fué objeto de su recomendación suprema. Nos hizo jurar, á mi hermano y á mí, que satisfaríamos al Sr. Laroche. A mi vez, después de la muerte de mi padre, me sentía impulsado por la necesidad de ver á usted, y no me atrevía... Ha sido menester que un encuentro casual...

—¡Oh, qué grata sorpresa!.., dijo Juana deliciosamente embriagada por las palabras del joven, cuya mano seguía estrechando la suya.

—Una vez, mucho antes, la había visto á usted, sin que usted me viese á mí, continuó Luciano, que no había olvidado nada de las confianzas de Edmundo.

—¿Cuándo?, preguntó la muchacha sorprendida.

—Hace mucho tiempo... Yo todavía estaba en el colegio. Recuerdo que era el año en que yo estudiaba retórica. Ibamos de paseo y pasábamos por el bulevar de San Miguel... Usted iba en compañía de su padre... Era la primera vez que yo volvía á verla desde que nos habíamos mudado de casa... Estaba usted hecha una mujer, alta y hermosa como hoy, y mi memoria fiel encontró en sus facciones á la amiga inolvidada de antes.

Juana sintióse profundamente conmovida al oír esta confesión, y su emoción aumentó aún más cuan-

do el miserable, haciendo admirablemente su papel y arrastrado además por el amor que se iba apoderando de él, añadió:

—Nunca la hubiera olvidado á usted, pero aquel encuentro grabó inalterablemente su imagen en mi espíritu, y desde aquel día no he cesado de verla tal como era, tal como la encontré entonces... Por esto el otro día la reconocí en seguida... Pero no creía que usted me reconociese á mí, al cabo de tantos años...

—¡Oh, sí, le reconocí en el acto!, contestó la hija de Laroche. Se lo dije á Paulina... Me volví... y hubiera querido que usted viniese á saludarme.

—No me atreví, á pesar de que los deseos que me impelían... Tenía como un presentimiento que me decía que no debía volver á verla...

—¡Ah, si hubiese dependido de mí!..

—Sí, supe que su papá se la llevó de París á fin de impedir que nos viésemos, después de haber averiguado que usted se había interesado por mí.

—Comprendió que no solamente no le había olvidado á usted, sino que había obrado á impulsos de un sentimiento...

—¡Mi querida Juana!.., interrumpió Luciano con vibrante expresión de amor.

El *Introito*, cantado en aquel momento por la gran voz del órgano y el sonido de las campanillas, anunció el comienzo del oficio.

Luciano abandonó la mano de la muchacha.

Paulina, que hasta entonces había permanecido algo apartada, cogió sillas, que colocó en una de las naves laterales de la iglesia.

Juana la detuvo.

—No, le dijo, aquí no...

—¿No quiere usted asistir á la misa?, preguntó el hermano de Edmundo.

Juana no pudo contestar, y sus hermosos ojos, anegados en amor, dijeron con elocuencia la dicha que experimentaba y el deseo de no interrumpirla.

—¿Quiere usted que salgamos?, preguntó Luciano.

—Sí.

Dirigiéronse hacia una de las puertas laterales, la que da á la calle Palatina, y salieron.

Una vez fuera, Luciano se colocó al lado de Juana, que llevaba á Paulina al otro lado, y tomaron la calle Garancière, siempre tranquila y más que nunca los domingos, y salieron frente á la verja del Luxemburgo.

El soldado continuó casi en seguida en voz baja:

—¡Mi querida Juana, qué alegría tengo de volverla á ver..., y sobre todo de que usted sepa que no la olvidé jamás!.. Pero ¿cómo agradecerle lo que ha hecho por mí?.. ¿Cómo expresarle mi gratitud?..

—No me hable usted más de eso, contestó la muchacha. Bastante pena me causaba el saber que usted sufría, porque lo había comprendido y al fin quise saber la verdad. Supliqué á un hombre, de cuya amistad y discreción yo estaba segura, un empleado de mi padre que usted recordará..., Bernard, que ya estaba en casa cuando éramos vecinos...

—¡Bernard!.., dijo Luciano. Sí, recuerdo su nombre; pero hace tanto tiempo!.. ¿Entonces fué él quien le habló de nosotros?

—Le supliqué que se informara acerca de la situación de su padre de usted. Comprendía muy bien que si el Sr. de Favreuse no había vuelto á mi casa era porque se sentía humillado en presencia de mi padre, y que, por consiguiente, se encontraba en mala situación.

—Y acudió usted en nuestro auxilio, dijo el hermano de Edmundo. No quería usted que yo supiese quién me enviaba aquella cantidad... Lloré de gratitud cuando Paulina me lo dijo y pensé en lo que usted había hecho...

—No había dicho nada á mi padre, repuso Juana. No se lo confesé hasta días después. Sabía que yo le había tomado aquella cantidad, y trataba de averiguar en qué la había empleado. Me interrogó y acabé por confesárselo todo.

—De este modo supo que usted seguía pensando en mí.

—Comprendió que la señorita le amaba á usted, dijo Paulina interviniendo en lugar de su ama.

—¿No era evidente?.., dijo con ingenuidad la muchacha; de tal modo su amor, que databa de su infancia, le parecía natural.

Luciano le dió las gracias por aquella confesión con una mirada por la cual pasaron relámpagos de pasión.

—Desde entonces, mi padre no ha pensado en mí sin tener esa preocupación, repuso Juana en el momento de pasar la verja del Luxemburgo.

El hermano de Edmundo dirigió el grupo hacia la parte del jardín menos frecuentada, por el lado que circunscriben las calles de Bonaparte, de Assás

y del Abate de l'Épée, á fin de poder hablar al abrigo de toda preocupación exterior.

—¿Su papá se la llevó lejos de París?, dijo.

—Durante cerca de un año, contestó la hija del Sr. Laroche. Él, que casi nunca me había llevado á ninguna parte, aceptó entonces invitaciones, me acompañó á fiestas, á reuniones, á espectáculos, á Niza sobre todo, donde pasamos todo el invierno... Suscitóme, cada vez que la ocasión se presentó, un nuevo partido matrimonial... No se le ocultaba que mi espíritu seguía fielmente apegado á los recuerdos de mi infancia...

—Nos amábamos sin habérselo dicho nunca, contestó Luciano. Yo también guardaba preciosamente el recuerdo de usted... Nunca olvidé aquella amistad que nos había unido...

—¿Recuerda usted su primera comunión, en San Nicolás?., preguntó Juana.

—¿Cómo podría olvidar aquel día en que me pareció que se formaba una unión mística entre nosotros?.. Ni un solo día he dejado de pensar en usted y sufría de verme alejado por los acontecimientos, que parecían haber abierto un abismo entre ambos... ¡Cuántas veces hablé de ello con mi hermano!., prosiguió Luciano, á quien el amor prestaba los acentos de la más perfecta sinceridad. El me consolaba cuando le decía que la consideraba á usted perdida para mí. Al hacerle yo observar que nos separaba principalmente la diferencia de fortuna, mi hermano me animaba asegurándome que por medio del trabajo lograría reconquistar la situación que la fatalidad nos había hecho perder, y me lo repitió todavía en el momento de separarnos para siempre.

Después de un minuto de silencio, continuó:

—Al encontrarme solo, agobiado por la desgracia, hubiera querido acercarme á usted..., y sentía, por el contrario, que el porvenir iba á separarnos más... Veía llegar el momento de tener que prestar mi servicio militar, que me alejaría sin duda de París, de usted... Aquí conservaba al menos la esperanza, por irrealizable que me pareciese, de volverla á ver á usted, aunque fuese sin que usted lo supiera... Me sentía cerca de usted y esto me animaba á soportar la adversidad y á vivir. Entonces se me ocurrió sentar plaza.

—¡Cómo!, exclamó Juana sorprendida, ¿no es usted soldado por suerte? ¿Sentó usted plaza?

—Sí, senté plaza á fin de poder elegir mi regimiento; me adelanté al llamamiento á fin de poderme quedar en París..., cerca de usted...

—¿Y es usted soldado por cinco años?

—Lo hubiera sido á pesar de todo.

—¡Ay, mi pobre amigo!, ¿no estamos separados al fin y al cabo?..

—Al menos he tenido la dicha de volverla á ver, dijo Luciano con pasión. Ahora tendré la fuerza de soportar la separación, pues me sentiré sostenido por su pensamiento.

El ladrón de amor pasó la mano por debajo del brazo de Juana, que se estremeció á su contacto, y añadió en voz baja, casi al oído, atrayéndola un poco aparte:

—Ahora comprendo la fuerza irresistible que me encadenaba al punto en que usted se hallaba... Es que la amaba á usted, Juana... Y esta dicha que experimento, esta dicha tan grande que me hace olvidar todo lo que he sufrido, procede de que la amo á usted...

—¡Edmundo!., suspiró tiernamente la joven.

—¿Qué importan ahora el tiempo y la distancia?.. Viviré feliz pensando en usted, constantemente á su lado con el pensamiento... ¡Oh, Juana, mi querida Juana! ¡Qué buena es usted de haberme guardado ese corazón que yo creía perdido para mí! Así, pues, ¿usted me ama?., preguntó Luciano con tierna pasión.

—Sí..., ¿no lo ve usted?, contestó Juana con voz apenas perceptible.

—Trabajaré para hacerme digno de usted..., para que su padre...

La voz de Paulina interrumpió bruscamente al joven.

—¡El Sr. Laroche!., exclamó.

Se había puesto sumamente pálida.

—¡Mi padre!., dijo Juana. ¿Dónde?..

—Allí..., al otro lado de la verja..., en el bulevar, contestó la camarera trastornada.

—¡Nos ha vistó!..

VIII

REBELIÓN

Absorbidos por sus declaraciones, los dos enamorados se habían acercado, sin darse cuenta de ello, á la parte de los jardines que sólo la verja separa

del bulevar de San Miguel. Entregados enteramente á su amor que les embriagaba, no veían nada en torno de ellos.

En el momento en que Paulina, dejando atrás unos boneteros que invadían la alameda, vió al señor Laroche, sólo se encontraba á unos cuantos pasos de él, únicamente separados por la verja.

El comerciante acababa de dejar á uno de sus amigos, con quien se había paseado por el bulevar durante cerca de media hora hablando de sus negocios. Al llegar á la altura del Luxemburgo, miró maquinalmente al interior del jardín y vió inmediatamente á su hija con Paulina y un soldado en quien no vaciló en reconocer al hijo de Favreuse.

En seguida se le encendió el rostro.

El Sr. Laroche hizo con la cabeza un gesto lleno de amenaza, y ardiendo en cólera se dirigió hacia la puerta del jardín para juntarse con su hija.

La pobre Juana se puso súbitamente pálida como una muerta, y sobrecogida de espanto sintió que le faltaban las fuerzas.

Había visto la expresión de cólera reflejada en los ojos de su padre.

—¡Dios mío!.. ¿Qué va á pasar?, pensó con terror.

—¿Qué va á decir el señor?, dijo Paulina asustada al ver que el padre se acercaba.

Juana, como petrificada, hubiera querido que la tierra se abriese á sus pies.

Luciano procuraba mostrar firmeza, y habiendo abandonado en seguida el brazo de Juana, fué al encuentro del comerciante, á fin de recibir solo el primer choque y calmar, si era posible, su irritación.

Saludó tímidamente, embarazado, temiendo que el padre de Juana no se dejase engañar como ella por su parecido con Edmundo.

—Sr. Laroche..., balbuceó, he tenido el gusto de encontrar á su hija..., y al cabo de tanto tiempo...

Laroche dirigió al joven una mirada en que el desprecio se unía al furor, y sin contestarle dirigióse á su hija.

—¿Así has ido á la misa mayor de San Sulpicio?, le dijo reprimiendo á duras penas su cólera.

La pobre, toda temblorosa, no pudo contestar.

—Vi entrar á la señorita Juana en San Sulpicio, intervino Luciano á fin de asumir toda la responsabilidad, y nos hemos reconocido... Entonces no he podido menos...

—Papá, balbuceó Juana á su vez, el señorito Edmundo, como sabes, fué siempre amigo nuestro...

Laroche ni siquiera había mirado al joven cuando éste hablaba. No quería tener ninguna explicación con él á fin de evitar toda discusión. Obraba como si allí únicamente hubiese habido su hija, y abreviando dijo duramente:

—¡Vamos!..

Cogió al mismo tiempo á Juana del brazo y se alejó con ella. La muchacha no se atrevió á resistir y le siguió dócilmente.

Luciano de Favreuse quedó estupefacto.

—Caballero..., trató de decir.

Pero Laroche no le contestó.

Siguió con la vista á Juana, que no se atrevió á levantar los ojos hacia el hombre del cual tan bruscamente la separaban.

Era evidente que el negociante esperaba haber llegado á su casa para pedir á su hija la explicación de su conducta, para manifestarle su indignación, para dejar estallar su cólera y para imponerle su voluntad.

Se contenía y apresuraba el paso á fin de acabar más pronto.

Paulina, tan pálida como su señorita, siguió un poco atrás.

Luciano comprendió la inutilidad de sus protestas ante el silencio despreciativo del padre de Juana.

Permaneció un instante inmóvil, siguiendo con la vista á la adorable joven cuya fortuna le había atraído y cuya hermosura determinaba en él una violenta pasión amorosa; y siguió de lejos al grupo, que bajó el bulevar y se perdió en medio de los transeuntes y de los carruajes.

El audaz proyecto, basado en aquella substitución criminal, se desmoronaba de un golpe.

La airada intervención del Sr. Laroche era, á no dudarlo, el principio de una separación definitiva y sin esperanza.

Juana, que ya había sido llevada tan lejos, y con la cual se había tomado toda clase de medidas cuando su padre no podía hacer más que sospechar un amor no confesado todavía, iba á ser irremisiblemente puesta en la imposibilidad de volver á ver al que ella tomaba por Edmundo.

Entonces hubo en el espíritu y en el corazón del joven un abatimiento inmenso, seguido de impotentes veleidades de rebelión.

—¿Qué podía hacer?..

«La desgracia me persigue—se decía Luciano de Favreuse, presa de un completo desaliento.—Si al menos yo hubiese podido ver á Juana varias veces... Si yo hubiese podido asegurarme, en varias entre vistas, la posesión completa de su corazón... Si hubiese podido hacerla mía con promesas formales, con un amor profundamente arraigado, la intervención de su padre hubiese sido entre nosotros como esos obstáculos que avivan el amor, que le excitan, que aguzan los deseos, que aseguran, mejor que las circunstancias más favorables, la realización de los proyectos resueltos por los novios... Pero me la arrebató desde el primer instante... ¿Qué va á pasar ahora?.. Y este maldito servicio militar que me paralizará todavía durante cuatro años... Dentro de cuatro años, ¿dónde estará ella?»

Y el miserable vislumbraba otros nubarrones aún más sombríos en el destruido porvenir de dicha que había divisado un instante.

«Durante estos cuatro años, Juana puede enterarse de que Edmundo está en América—se dijo Luciano siguiendo lentamente las calles que se presentaban ante él, sin preguntarse adónde iba.—Entonces todo habrá concluído, mientras que si yo fuese libre, podría conservar alguda esperanza... ¡No, no hay nada que hacer..., todo es imposible!..»

Hasta llegar á su casa, el Sr. Laroche guardó un silencio severo.

Evidentemente preparaba lo que iba á decir á su hija; preveía las explicaciones, las excusas que ella iba á dar; calculaba las medidas que tendría que tomar á fin de cortar radicalmente aquellas relaciones ya combatidas.

Respecto al hijo de Favreuse, Laroche no había concebido duda alguna. Como todos, había creído ver á Edmundo. Le habían dicho que éste prestaba servicio militar; era el único que Juana había conocido y á quien envió los dos mil francos; no era, pues, de Edmundo de quien su hija estaba enamorada?

Juana marchaba con la cabeza baja, con la mirada fija en el suelo, con el espíritu incapaz de una resolución en el espanto de una situación de la cual ignoraba cómo saldría.

En aquel momento no había en el piso más que Leonor, la vieja cocinera, que contaba cerca de treinta años de servicio en la casa, ocupada en preparar el almuerzo, y su marido, Jerónimo, criado del Sr. Laroche.

Éste abrió la puerta de entrada con el llavín que siempre llevaba en el bolsillo, y apenas hubo penetrado en la antesala dijo á su hija:

—Espérame en tu cuarto; voy en seguida.

Y llamando luego á Paulina, que se apresuraba á esquivarse hacia la cocina para escapar á la cólera de su amo, le dijo rudamente:

—Ven acá.

La tuteaba, lo mismo que su hija, pues servía en la casa desde muy joven.

El comerciante abrió la puerta de su gabinete de trabajo é hizo pasar delante á la camarera.

Paulina obedeció, temblorosa y confusa.

Apenas cerrada la puerta, el comerciante, como hombre seguro de lo que decía, después de haber estudiado la situación y después de haber formado concepto conforme á sus deducciones, declaró categóricamente:

—Esa entrevista con el señorito de Favreuse no era imprevista. Tú sabías que mi hija se encontraría esta mañana con ese joven en San Sulpicio.

Aterrada, Paulina no pudo contestar.

—Por eso la señorita quiso ir á misa á esa iglesia, ¿no es cierto?, añadió el Sr. Laroche con voz vibrante.

Esta pregunta decidió á la confidente de Juana á contestar. Podía defender á su ama sin mentir, y esto le dió ánimo.

—¡Oh, no, señor!., contestó ella. Le aseguro á usted... La señorita hacía tiempo que tenía intención de ir á San Sulpicio...

—¿Ni siquiera habéis ido?

—Le juro á usted que sí.

—En fin, poco importa, repuso el Sr. Laroche sin detenerse á discutir. Tú sabías que mi hija estaba de acuerdo con el Sr. de Favreuse... Has hecho un papel infame abusando de mi confianza... Te despidió y no permanecerás una hora más aquí...

—¡Señor!., imploró la pobre muchacha, cuyo rostro se inundó en seguida de lágrimas.

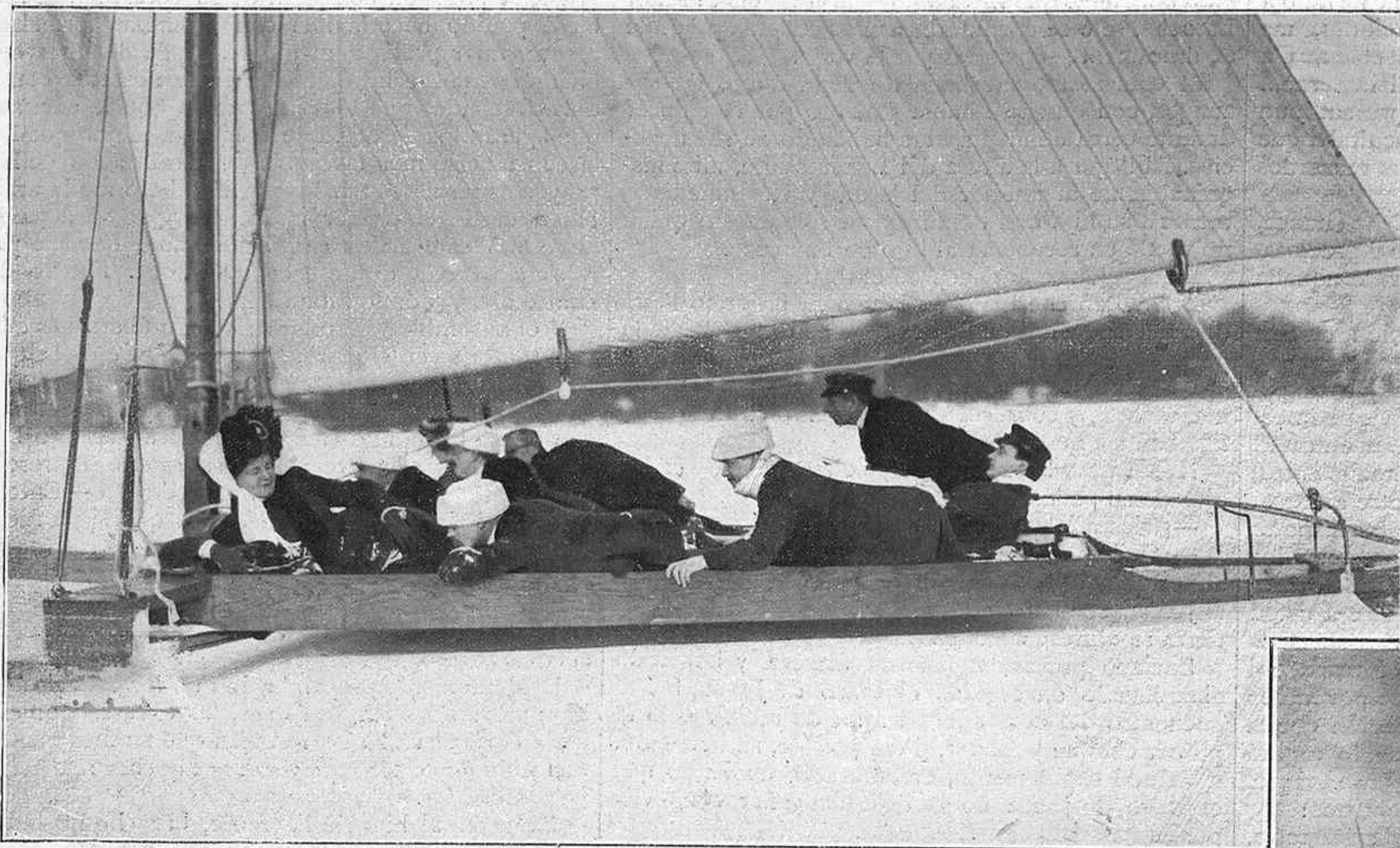
El padre, furioso, nada escuchó. Era incapaz de dejarse enternecer.

—¡Cállate, miserable!., gritó él. Después de lo que he hecho por tí, tu conducta es indigna... Te has hecho cómplice de mi hija...

(Se continuará.)

DEPORTES

Trineo de vela.—Aeróstato dirigido por medio de las ondas hertzianas.—Combate de boxe entre dos negros



Trineo de vela en el lago Müggel, en las inmediaciones de Berlín

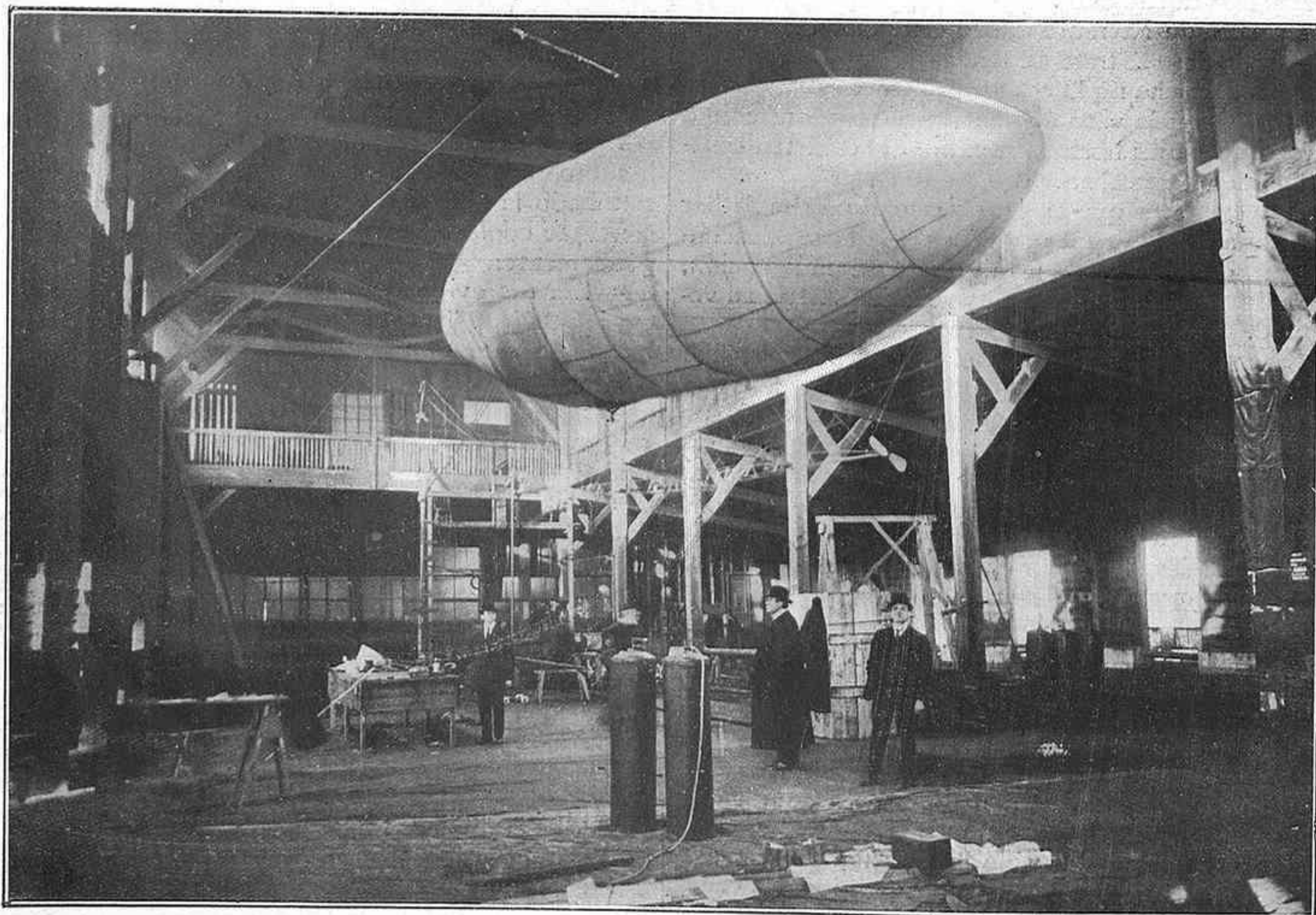
Trineo de vela.—Los deportes de invierno adquieren de día en día mayor importancia, y cada vez se inventan nuevos aparatos y ejercicios nuevos que aumenten los atractivos y el interés de esas diversiones. Los aficionados á deslizarse sobre el hielo no se contentan ya con los sencillos patines y los tradicionales trineos, sino que calzándose el *skis* ó montando en los *luges* no se deslizan, sino que se lanzan por las más grandes pendientes y saltan desde considerables alturas.

Anualmente efectúanse concursos á los que acuden deportistas del mundo entero, y en los cuales se adjudican importantes premios á los que más velocidades alcanzan, ó ejecutan saltos más difíciles ó dan prueba de mayor resistencia.

Y no son sólo los países del extremo Norte los que tales deportes cultivan; este año, en el Pirineo catalán se han dedicado á ellos varios socios del

Pero naturalmente donde mayor apogeo alcanzan es en aquellas regiones ó en aquellas ciudades en las cuales los rigores del invierno revisten excepcional intensidad y son de muy larga duración; allí es también donde los deportistas aguzan el ingenio para introducir variantes en los deportes invernales. En Berlín, por ejemplo, están ahora en gran predicamento los trineos de vela; los grabados que en esta página publicamos nos relevan de dar una explicación de los mismos y de ponderar las velocidades que con ellos pueden alcanzarse. Basta fijarse en la ligereza del trineo y en las exageradas dimensiones del velamen y considerar la naturaleza de la superficie helada, para comprender que, por poco viento que sople, esos aparatos han de correr vertiginosamente.

De estos trineos de vela los hay para uno solo ó para varios tripulantes, y excusado es decir que el encargado de la maniobra de las velas y del timón ha



Nueva York.—El ingeniero Mr. Marc O. Antony haciendo evolucionar un pequeño dirigible por medio de las ondas hertzianas. (De fotografía de Carlos Delius.)

Centre Excursionista de Catalunya, y hace pocos días se ha celebrado un concurso importante en Eaux-Bonnes, en el Pirineo francés.

de ser persona muy experta, pues el menor descuido necesariamente habría de determinar el vuelco del vehículo que, dada la velocidad de la marcha, podría

ser de muy funestas consecuencias.

Aeróstato dirigido por medio de las ondas hertzianas.—Recientemente hemos dado cuenta de dos hechos que demuestran los grandes servicios que pueden prestar esas ondas admirables, gracias á las cuales realizase el portento de transmitir á grandes distancias, y sin otra materia conductora que la atmósfera, la energía eléctrica: el salvamento del vapor *Republic*, cuyos pasajeros deben la vida al maravilloso invento de Marconi, y el torpedo radio automático Gabet.

Hoy podemos citar un nuevo caso de aplicación de las ondas hertzianas, y es el siguiente, al que se refiere el grabado adjunto. Un ingeniero norteamericano, míster

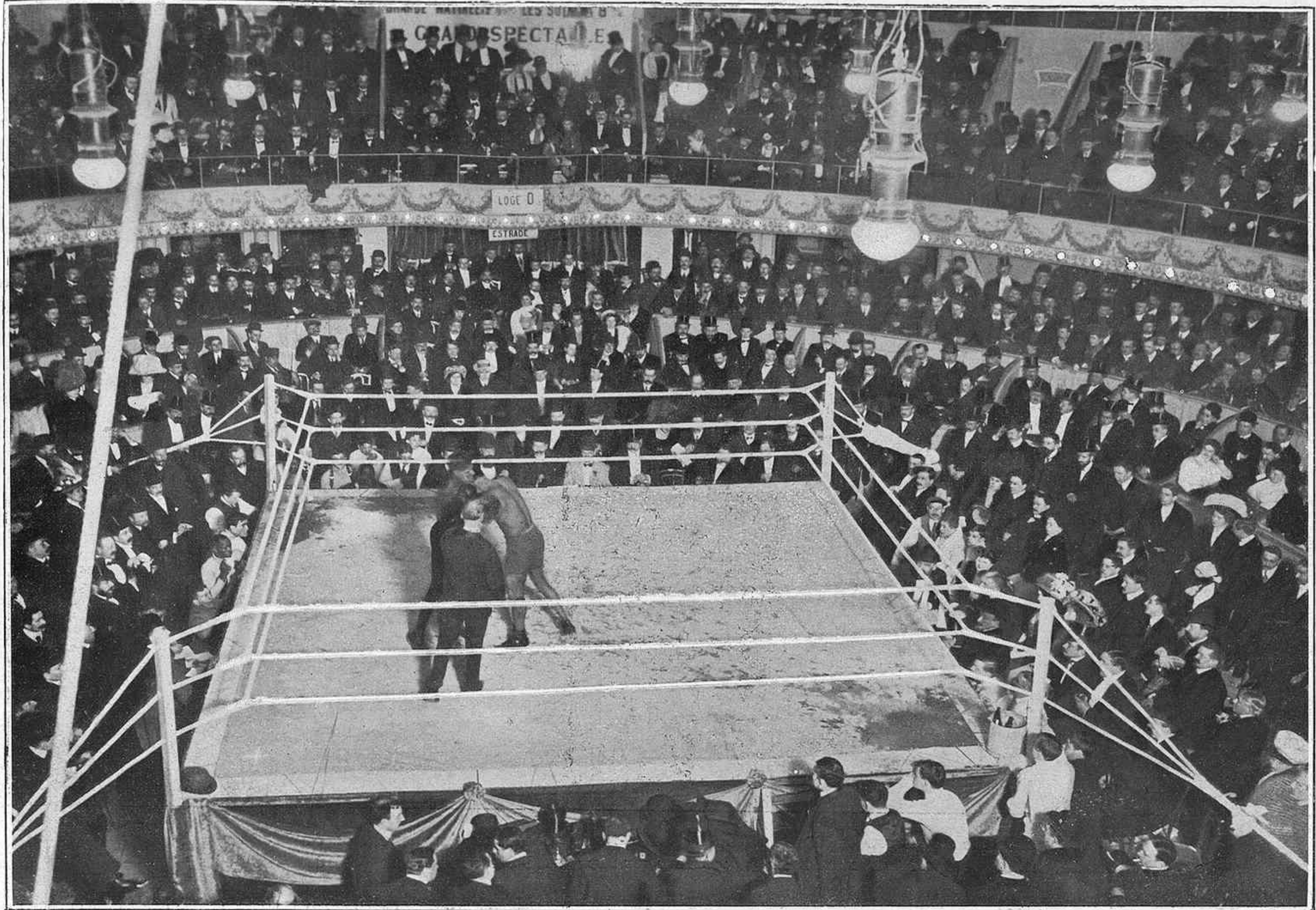


Trineo de vela en plena carrera
(De fotografías de Frankl.)

Marc O. Antony, ha hecho evolucionar, en las inmediaciones de Nueva York, un pequeño globo dirigible en un cobertizo de 250 metros y de una altura suficiente para que los ensayos fuesen concluyentes. El aeróstato tenía siete metros y medio de largo, estaba lleno de hidrógeno y llevaba en la barquilla, en vez del motor que llevan los dirigibles, un aparato de telegrafía sin hilos. Durante más de dos horas, el inventor, desde su aparato de transmisión, hizo maniobrar el globo en todas direcciones, remontándolo, descendiendo, parándolo en seco, haciéndolo volver á su punto de salida y enviándolo á un punto determinado.

Las pruebas han dado un resultado excelente.

Combate de boxe entre dos negros.—Hace pocos días efectuóse en París un *match* de boxe entre dos negros, el californiano Sam Mac Veay y el canadiense Joe Jeannette. El espectáculo había despertado gran interés entre los aficionados á esa bárbara diversión, y los periódicos especialistas publicaban, con los retratos de los dos luchadores, los datos más minuciosos relativos á sus condiciones físicas y á los más famosos *matches* en que uno y otro vencieron á célebres profesionales. Por ellos se supo que Sam Mac tiene veinticuatro años y 1'80 metros de estatura, pesa 93 kilogramos y su pecho en reposo, su cintura y su bíceps contraído miden 105, 82 y 41 centímetros respectivamente; y que su contrincante Joe



París.—Match de boxe efectuado el día 20 de febrero último entre el negro californiano Sam Mac Vea y el negro canadiense Joe Jeannette. (De fotografía de M. Branger.)

Jeannette tiene veintisiete años y 1'76 metros de estatura, pesa 84 kilogramos y su pecho en reposo, su cintura y su bíceps contraído miden 107, 84 y 38'5 centímetros. Estos pormenores y las listas de las victorias por cada uno de los dos negros alcanzadas, hacían esperar que el combate anunciado sería verdaderamente sensacional, tanto más cuanto que dicho combate se anunciaba como continuación del comenzado hace poco tiempo en Nueva York.

Sin embargo, la realidad no correspondió a las esperanzas concebidas por los deportistas, pues de los relatos de la prensa se deduce que más que una lucha formal fué una sencilla exhibición. «Ni Sam Mac Vea ni Joe Jeannette se golpearon bastante fuerte para hacer saltar algunas gotas de sangre de la nariz ó de los labios.» En estos términos resume un importante periódico parisiense el desencanto sufrido por los que, en número muy considerable,

habían acudido al reclamo en busca de sensaciones fuertes. Según parece, Sam Mac Vea perdonó la vida, como suele decirse, á Joe Jeannette, y aunque el árbitro le adjudicó la victoria y sus partidarios le aclamaron con más ó menos entusiasmo, el público en general se dió por engañado y lamentó que el buen corazón del negro californiano hubiese quitado al espectáculo su verdadero carácter, incompatible con toda clase de consideraciones.—S.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
 El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito.

En todas las Farmacias del globo.

JARABE DELABARRE
 FUMOUZE - PARIS

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
 Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición.
 Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
 GATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

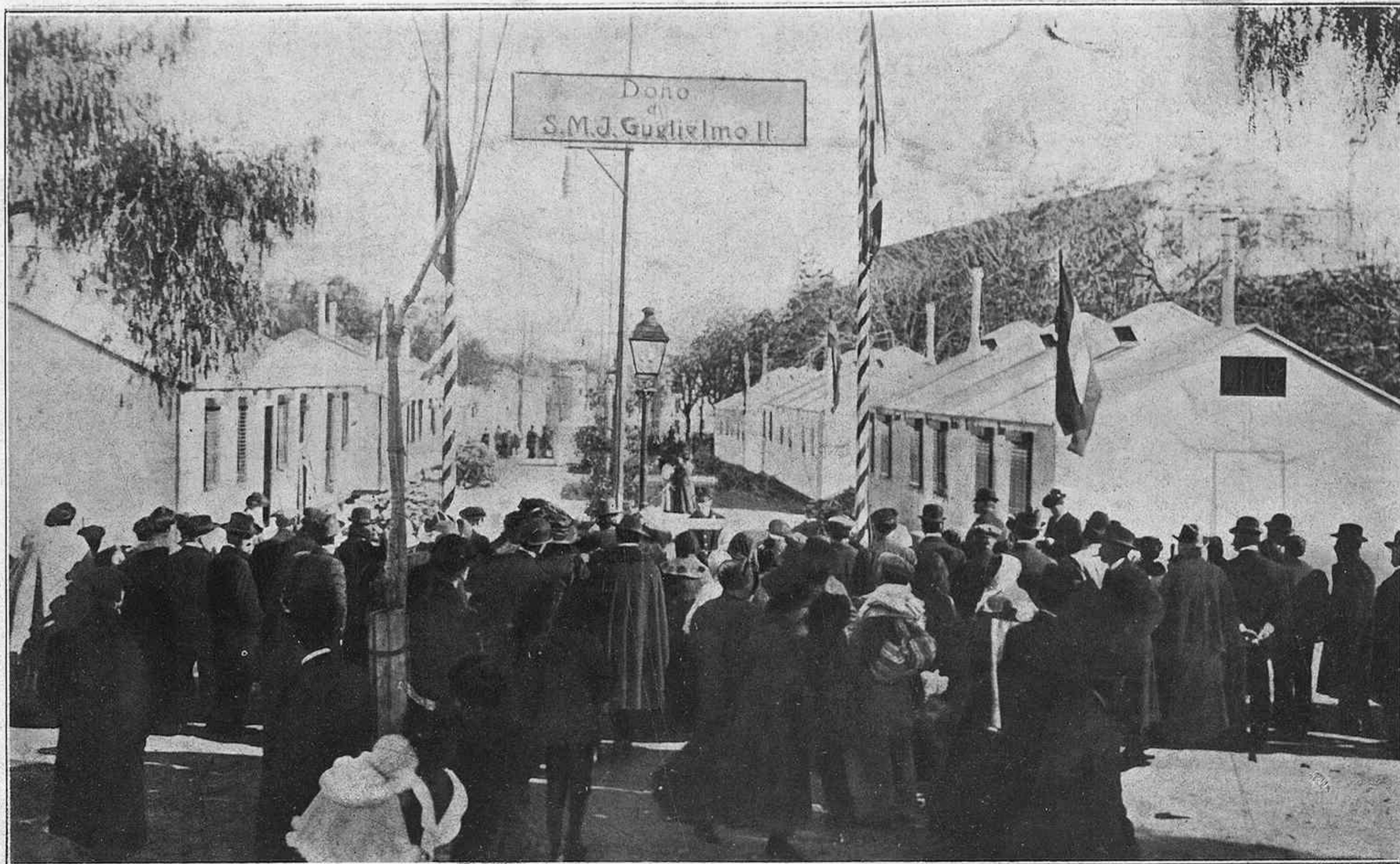
INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD
 CARNE - QUINA - HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR
 Célebre Depurativo Vegetal
 cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
 EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.
 Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de exito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Un importante donativo de Guillermo II de Alemania para los damnificados de Mesina. Aldea de madera mandada construir por el emperador en Palermo. (De fotografía de Carlos Delius.)

El emperador Guillermo II de Alemania ha tenido una de sus geniales ideas para socorrer á los sobrevivientes de los terremotos de Mesina y de Calabria, la de regalarles una aldea de casas de madera. En el mes de enero último, los marinós alemanes desembarcaron en Palermo los materiales y utensilios necesarios, con los cuales construyeron seis cómodas y elegantes viviendas que instalaron en la plaza de la Independencia de aquella ciudad. Esas casitas están amuebladas con todo lo necesario é iluminadas por medio de la electricidad, y son espaciosas, claras y bien ventiladas, es decir,

reunen todas las condiciones de comodidad é higiene. Cada una de ellas ocupa un área de 54 metros cuadrados y puede alojar á veinte personas.

La graciosa y original *Aldea Guillermo II* produce la impresión de una cosa estable y definitiva, diríase que ha existido siempre en la plaza de la Independencia de Palermo, en donde ahora se levanta, y si los mesinenses refugiados se hallan bien en ella, muchos palermitanos que acuden á visitarla sienten envidia de los que en ella habitan y con gusto cambiarían las suyas por aquellas alegres y cómodas viviendas.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS RES

JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESPROBADAS por la Academia de MEDICINA

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, París.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Paris

1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Paris y conserva el cutis limpio y terso

Paris

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.